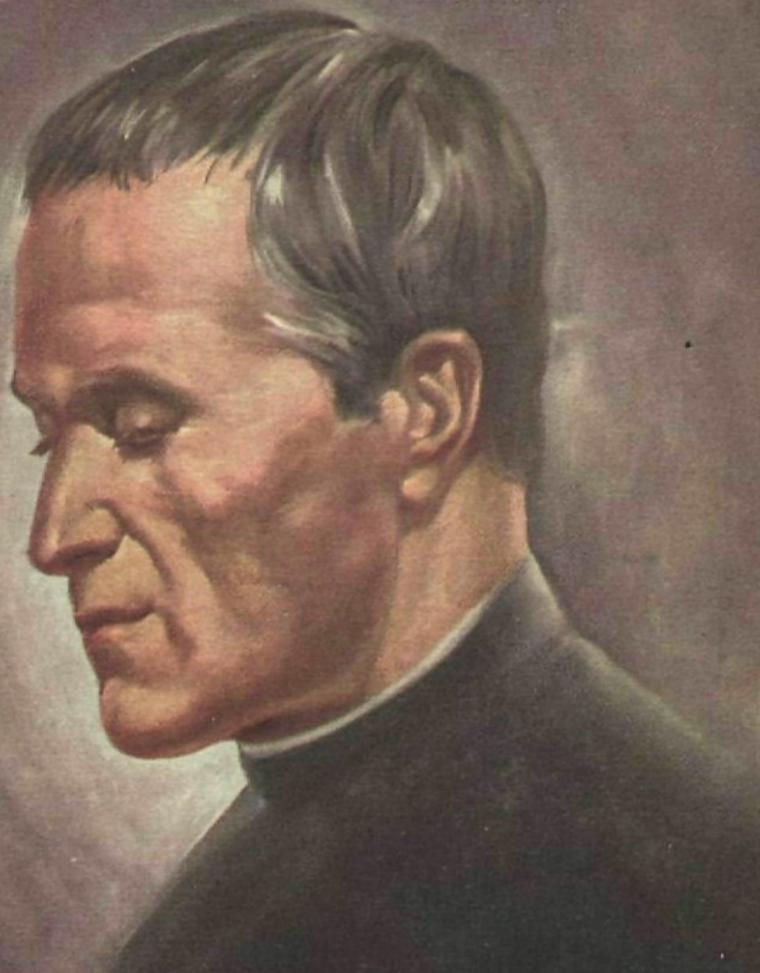


RUIZ DEL REY



VIDA DEL
PADRE RUBIO

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

Andalucía
1900 pt

R-8137 A

VIDA DEL P. RUBIO, S. J.





Dibujo de J. Bernal sobre una fotografía poco divulgada del Siervo de Dios P. José María Rubio.

TOMAS RUIZ DEL REY

Canónigo de Zaragoza

VIDA DEL P. RUBIO, S. J.

APOSTOL DE MADRID

EDITORIAL APOSTOLADO DE LA PRENSA, S. A.

Velázquez, 28 - Madrid

1957

Nihil obstat :
D. JUAN TENA

Imprímase :
† JUAN,
Ob. Aux. y Vic. Gen.

Madrid, 25 de abril de 1957

IMPRESO EN ESPAÑA

«SELECCIONES GRÁFICAS». AV. ISLAS FILIPINAS, 22. MADRID

PROLOGO

Parecerá tal vez a alguno de mis lectores, que habiéndose publicado con poca diferencia de tiempo dos biografías notables del P. Rubio, a más de muchos artículos necrológicos y relatos de su vida ejemplar, todavía no muy lejana de nosotros, venga yo con otra, en nada mejor que las anteriores, a aumentar sin necesidad esta clase de publicación, y se le antoje mi trabajo inútil por innecesario, cuando en tantas otras cosas podía emplearlo con más provecho. Pero es el caso que la mayor divulgación de la virtud y ejemplaridad de una alma santa nunca es inútil y siempre es conveniente se escriban libros buenos, aunque sean de las mismas cosas y por distintas personas y con diverso estilo, para que su conocimiento llegue a mayor número de lectores; y como las anteriores biografías fueron escritas por hermanos suyos en religión, no deja de ser oportuno y hasta necesario, que alguno del Clero secular, al cual perteneció el P. Rubio hasta la edad de cuarenta y dos años, escriba su vida y ensalce sus virtudes sacerdotales.

Por estas razones y por haber sido el P. Rubio

profesor mío en el seminario de Madrid y conservado su amistad hasta su muerte, conocedor yo de su vida y de cuantas personas le rodearon, me veo obligado, en obsequio suyo, a escribir esta breve relación de su vida y de sus virtudes, contribuyendo así, con mi granito de arena, a la mayor divulgación de su vida santa para que sirva de edificación a mis lectores.

Cuanto en ella se refiere a milagros y hechos extraordinarios no tiene otro valor que el histórico, pues sólo a la Iglesia compete declarar lo que haya en ellos de sobrenatural y milagroso, a cuya autoridad sometemos nuestro juicio.

EL AUTOR.

CAPITULO PRIMERO

PATRIA Y PRIMEROS ESTUDIOS DE JOSE MARIA RUBIO

En la pintoresca villa andaluza de Dalías, rodeada de viñas, almendros y olivares, enmarcada por unos cerros de tonos verdes, que vienen a completar la belleza del cuadro magnífico que la naturaleza ofrece a este pueblo de legendaria historia, nació el niño José María Rubio Peralta el 22 de julio de 1864, siendo bautizado el mismo día en la parroquia de Santa María de Ambrox. Sus padres, igual que sus abuelos, habían tenido la misma cuna, y vivían del cultivo de sus campos con holgura suficiente para criar y educar a sus hijos. Llamábanse Francisco Rubio Maldonado y Mercedes Peralta Góngora. Tuvieron hasta doce hijos, de los cuales sólo sobrevivieron seis: José María, Serafín, Ana María, Dolores, Mercedes y Trinidad. Serafín, último de los supervivientes y mayor que sus hermanas, siguió cuidando de la hacienda y del gobierno de la casa. A él se deben la mayoría de los datos de la niñez y estudios de su hermano.

Era José María desde niño de muy buenas cualidades; aplicado, obediente y piadoso de tal manera que pocas veces tuvieron que reprenderle. Asistía con suma puntualidad a la escuela, prefiriendo esperar a que abrieran las puertas del colegio antes que llegar tarde; jamás tenía altercados con los demás chicos, pues siempre fué de carácter pacífico y humilde, y gustaba de ayudar a misa en la parroquia. Desde que hizo su primera comunión se despertó en él una devoción particular a la Sagrada Eucaristía y a leer vidas de Santos, con lo cual se fué aficionando a una vida de piedad que era ya admirada por sus padres y por cuantos le trataban, dando con ello señales de su vocación al sacerdocio. Refiere su hermano Serafín, que siendo ya mayorcito pedía al sacristán las llaves de la iglesia y se iba a hacer la visita al Santísimo, llevándole a él y haciéndole sentar en un banco mientras hacía sus rezos.

Viendo sus padres estas buenas cualidades del niño José María y su afición al estudio, trataron con un tío suyo que tenían en Almería, don José María Rubio Cuenca, canónigo Magistral de aquella catedral, y convinieron con él llevarle a Almería para que, bajo su vigilancia y cuidado, iniciase sus estudios¹. Tenía José María once años

¹ Este señor Canónigo Magistral de Almería, P. José María Rubio Cuenca, era hermano de su abuelo paterno, y había sido su padrino de pila dándole su nombre, y fué su protector hasta que murió en 1880, cuando José María estudiaba el segundo curso de Filosofía. Pero tenía además

cumplidos cuando fué a casa de su tío canónigo. Este le matriculó en el Instituto Nacional de Segunda Enseñanza el curso de 1875-76, hasta ver lo que daba de sí el chico; pero terminado el curso con bastante aprovechamiento y persuadido su tío de su vocación sacerdotal, le matriculó el curso siguiente en el seminario conciliar de San Indalecio, donde estudió el segundo curso de latín, en calidad de externo. Todos los días antes de ir a sus clases ayudaba a misa a su tío en la catedral, y como era tan dócil y piadoso le tenía encantado de tal modo que en todas las cartas a la familia no sabía más que hablar bien del comportamiento del sobrinito, holgándose mucho sus padres con tan gratas noticias.

Llegado el curso siguiente, dispuso el canónigo, por indicación del señor Rector del Seminario, hacerle colegial interno, para su mejor aprovechamiento en los estudios, y así cursó el tercero de latín y primero de filosofía en este Seminario de Almería. Pero como el pueblo de Dalías, aunque perteneciente en lo civil a la provincia de Almería, correspondía en lo eclesiástico a la diócesis de Granada, donde había de recibir las Sagradas Ordenes, según la disciplina

otro tío sacerdote hermano de su padre, llamado don Serafín Rubio Maldonado, el cual fué párroco muchos años de Marías (Almería), y luego ecónomo de la parroquia del Sagrario en Almería, cuando ya estudiaba José María en Granada.

de la Iglesia, pensó su tío que sería mejor trasladar sus estudios al Seminario de esta ciudad, y le consiguió una beca en el seminario de San Cecilio, de Granada, a donde fué a cursar el segundo de filosofía (1879-80) y después cuatro años de teología y dos de cánones².

En el Seminario de Granada, como de su propia diócesis, encontró a varios paisanos suyos, entre ellos a sus primos José Lirola Peralta y

² Tenemos a la vista su certificado de estudios, que es como sigue:

<i>Cursos</i>	<i>Edad</i>
1875-76. Aprueba el 1.º de latín en el Instituto Nacional de Almería	12 años
1876-77. Id. el 2.º de latín en el Seminario Conciliar de Almería	13 »
1877-78. Id. el 3.º de latín en id., como interno.	14 »
1878-79. Id. el 1.º de filosofía (toda ella en un curso) en id.	15 »
1879-80. Id. el 2.º de filosofía (asignaturas accesorias) en el de Granada	16 »
1880-81. Id. el 1.º de teología en Granada	17 »
1881-82. Id. el 2.º de teología en Granada	18 »
1882-83. Id. el 3.º de teología en Granada	19 »
1883-84. Id. el 4.º de teología en Granada	20 »
1884-85. Id. el 1.º de derecho canónico en Granada.	21 »
1885-86. Id. el 2.º de derecho canónico en Granada	22 »
1886-87. Id. el 5.º de teología en el Seminario de Madrid, a donde se trasladó empezado ya el curso	23 »

Siendo ya sacerdote cursó libremente el 6.º y 7.º de teología en Madrid, y en 1896 tomó en Toledo la licenciatura en teología y en 1897 se doctoró en Cánones.

Francisco Maldonado Rubio, los cuales llegaron también a ser sacerdotes. Pero distante Dalias de Granada, las comunicaciones con su familia y su tío eran escasas; sólo por medio del recadero o cosario, que a lomos de su mulo llevaba la ropa y encargos de los colegiales, tenía noticias de su familia.

La gran contrariedad para José María fué el fallecimiento de su tío, el canónigo de Almería, acaecido al año siguiente de su estancia en Granada, pues con él perdió no sólo un tío cariñoso y amable, sino a su más decidido protector. Mas como Dios tiene particular providencia de sus escogidos, quiso que a la muerte de su tío encontrase José María otro protector no menos valioso y decidido, que no le abandonará en toda su vida y que será para él como padre y hermano, cuya vida veremos entrelazada inseparablemente desde este momento.

Fué este su protector don Joaquín Torres Asensio, canónigo y profesor que había sido del Sacro Monte, y por entonces Chantre de la catedral de Granada, hombre de gran talento y profesor prestigioso de teología en el seminario metropolitano. Sea porque su tío el canónigo de Almería le recomendase cuando lo llevó a Granada, o porque el señor Torres Asensio le conoció como discípulo en su clase de teología fundamental y estimase sus buenas cualidades de estudiante, o por ambas cosas a la vez, lo cierto es que aquí tuvo principio su amistad. Era el

curso de 1880-81 cuando le tuvo de profesor, y a mediados de curso José María cayó enfermo, tomándose por el discípulo tal interés, que consiguió del Rector del Seminario llevarsele a su casa para que se repusiera sin perder curso, y llegadas las vacaciones de verano, pidió a sus padres que le dejaran con él una temporada. Accedieron sus padres a estos deseos de su profesor, y José María, a pesar de su natural anhelo de ir las vacaciones a su pueblo y pasarlas con sus padres, se quedó en Granada por complacer a quien tan agradecido estaba. Durante este verano le dió don Joaquín lecciones de latín, pues era un gran latino, autor de una gramática que servía de texto en varios seminarios, y tenía mucho interés en que lo fueran los demás. Más tarde, cuando José María cursaba el segundo de cánones, consiguió que le nombrasen profesor de latín en el Seminario.

Según el certificado de estudios, José María, que trajo aprobados de Almería tres cursos de latín y uno de filosofía, cursó en Granada el segundo de filosofía, mejor dicho, las asignaturas accesorias, porque en Almería se estudiaba en un solo curso toda la filosofía, y en 1880-81 empezó a estudiar la teología, cuatro años, y luego dos de cánones. Estudiando el segundo de cánones, fué a la vez profesor de latín en el mismo Seminario de Granada, como hemos dicho, y fué ordenado en Tonsura y Menores. Pero como en septiembre de 1886 don Joaquín Torres Asensio

fué nombrado canónigo Lectoral de Madrid, se llevó consigo a su protegido, haciendo que trasladara sus estudios al Seminario madrileño.

Mas antes de seguir sus pasos en Madrid no queremos cerrar este capítulo sin referir algunos episodios de su vida en el Seminario de San Cecilio, de Granada, recogidos por el P. Constan-
cio Equia, S. J.³, donde tantos recuerdos dejó de su presentida santidad.

Era confesor del Seminario granadino el celoso y espiritual sacerdote don Enrique Bermejo Alemán, quien reunió en torno suyo unos cuantos seminaristas distinguidos por su piedad, a quienes denominaban sus compañeros "los hermanitos". A este grupo pertenecían José María Rubio, Luis Maestre y Francisco Antolín Hitos, que luego fueron jesuítas, y Andrés Vilches, que fué Deán de Guadix, y quien refiriéndose a José María dice, que era "sumamente piadoso, muy devoto de la Virgen y mortificado, sobre todo en hacer la voluntad de sus superiores". Luis Maestre, ya jesuíta, nos dirá también que, estudiando física y ciencias naturales, tenía él la llave del gabinete y laboratorio, y dada su amistad con José María, venía éste a ayudarle en su limpieza y arreglo, quedándose muchas veces solo, ocasión que aprovechaba para disciplinarse, habiéndole sorprendido alguna vez en esta santa ocupación,

³ «Vida del P. Rubio», c. II, p. 15. Madrid, 1930.

de lo cual estaba edificado y no podía por menos de besar el suelo donde esto hacía.

Cuentan también sus condiscípulos que, como era el más joven de todos ellos, le gastaban bromas que él sabía tolerar sin enfadarse y con tan buen humor que les hacía gracia a la vez que les infundía respeto; y cuando en las fiestas solían tener comedias le dejaban los papeles más desairados, pero él sabía salir airoso de ellos, y teniendo que hacer de diablo en una comedia, hizo admirablemente, mientras en su interior iba forrado de cilicios.

En las vacaciones que pasó en casa de don Joaquín, por ser éste aficionado a los toros y no poder asistir a las corridas por su estado y cargos, le hacía ir a José María para que luego le contase cómo habían estado los toreros, y con ser él tan recogido y no gustarle esta diversión, obedecía en ello por dar gusto a su protector, ofreciendo a Dios el sacrificio que en esto hacía.

Estudiando teología, llevaron los superiores a todos los teólogos a visitar la Cartuja, residencia entonces de los jesuitas, y hablando con alguno de los padres sobre cosas de la Compañía y de la vida que hacían, le vinieron deseos de entrar en la Compañía de Jesús, sintiendo en esta ocasión los primeros síntomas de su vocación. Su hermano Serafín nos dirá cincuenta años después, que por aquella época escribió a sus padres varias cartas pidiéndoles su autorización para ser

jesuita, pero que éstos se opusieron resueltamente a sus deseos y propósitos.

CAPITULO I I

SU VENIDA AL SEMINARIO DE MADRID Y SU ORDENACION SACERDOTAL

Don Joaquín Torres Asensio, que gozó en Granada de todo prestigio durante el pontificado del Arzobispo don Bienvenido Monzón, no fué igual con el siguiente Prelado, por lo cual resolvió opositar a la canongía Lectoral de Madrid en el verano de 1886, cuyas oposiciones ganó brillantemente; y dejando sus altos puestos de Granada, se vino a Madrid en el mes de septiembre, arrastrando tras sí al seminarista José María Rubio, que, cursados ya cuatro años de teología y dos de cánones, se había matriculado en quinto de teología, cuya matrícula trasladó al Seminario madrileño empezado ya el curso de 1886-87. Como el Seminario de Madrid no tenía en aquella época edificio propio, se daban las clases en el Palacio Episcopal, donde hoy están las oficinas del Obispado, y como sólo unas sesenta camas podían colocarse en las buhardillas del edificio, la mayoría de los seminaristas eran externos.

Por esta razón el joven José María tuvo que quedarse a vivir con don Joaquín, en una pensión donde tenían que comer por su cuenta y guisar ellos mismos la comida. A José María no le costaba mucho hacer de criado y de cocinero, pues su humildad y docilidad se avenía bien con la pobreza y el trabajo; pero como el decía: "No me importa ir a buscar por esas tiendas la carne, los huevos y el pan, pero el aceite y el petróleo, que no me lo sirven tan pronto, me hacen pasar angustias mortales, por tener que estar escuchando conversaciones que ni me interesan ni me agradan." A tanto llegaron sus escrúpulos que una noche estuvo tentado a decir a don Joaquín que se marchaba. Pero ¿cómo iba a dejar a aquel buen hombre, su protector y amparo en todo? Estaba tan obligado y agradecido a él, que sólo el pensamiento de desagradarle pugnaba en su corazón noble y generoso. Además aquéllo era hasta encontrar casa donde pudieran estar mejor acomodados.

A medida que avanzaba el curso, José María se fué preparando para recibir las Sagradas Ordenes de subdiaconado el 5 de marzo, el diaconado el 4 de junio y, por fin, el presbiterado el 24 de septiembre, cuando sólo tenía veintitrés años. Sus deseos eran ser jesuíta, pues desde que se despertó en él la vocación en Granada, cuando fué con sus condiscípulos a ver la Cartuja, no se le iba la idea; y si entonces no pudo realizarlo por la oposición de sus padres, ahora ni lo intenta-

ba siquiera por no desagradar a su buenísimo protector. No tenía más remedio que dejarse llevar por el camino que la providencia de Dios le tenía señalado.

Ya tenemos, pues, a José María Rubio ordenado de sacerdote en septiembre de 1887. Desde esta fecha no tiene otro ideal que dedicar toda su vida al servicio de Dios y al bien de las almas. Fuera de esto no tiene voluntad propia, y se entrega todo a Dios y a lo que sus superiores jerárquicos dispongan. Ninguno como él, entre todos sus compañeros, podía aspirar a tener colocaciones o puestos distinguidos dentro de la carrera sacerdotal, dada la decidida protección de don Joaquín, que empezaba ya a figurar en la diócesis de Madrid como hombre de prestigio, pero no sólo su carácter de gran sencillez, sino sus virtudes de humildad y de obediencia, que entre todas las virtudes morales fueron siempre la característica de su espiritualidad, le vedan hasta los deseos más modestos y toda apetencia de cargos, llegando al extremo de que, por obediencia, tendrá que aceptar algún día los que por su propia voluntad no querría jamás.

En estos días se preparaba don José María Rubio (llamémosle así ya por tener terminada su carrera) para celebrar su primera misa con el mayor recogimiento y devoción posible; y contra lo que todos los sacerdotes seculares acostumbra en estos casos, a celebrar su primera misa en su pueblo natal en presencia de sus pa-

dres y familiares, con la mayor solemnidad posible, él, que parecía ya un religioso apartado de su familia, y conviniendo con don Joaquín, como con un hermano mayor, a quien obedecía en todo, no tenía estos deseos, y prefirió la soledad y el mayor recogimiento para que así fuera más completa su entrega a Dios y mayor el desasimiento de las cosas de esta vida. Escogió el 12 de octubre, por ser la Virgen del Pilar, y en obsequio a don Joaquín, que era aragonés, en el altar de la Virgen del Buen Consejo, en su recoleta capilla de la Catedral de Madrid. Ante esta venerada imagen de Nuestra Señora, que habló a San Luis Gonzaga aconsejándole que entrara en la Compañía de Jesús, quiso celebrar su primera misa, rezada, sin solemnidad que distrajese su atención, ni nada que pudiera turbar aquel idilio de su alma consagrada por completo al amor de Dios y de su Santísima Madre. ¡Cómo esperaría él algún consejo, alguna inspiración en momento tan propicio! ¡Y cómo se renovarían en él ante aquella imagen sus deseos de ser jesuita! Pero la imagen que habló a San Luis Gonzaga nada le dijo a él. Es que no había llegado su hora. Dios le llevaba por otro camino, y como truncó los deseos y propósitos del Beato Juan de Avila, cuando, recién ordenado de sacerdote, intentó marchar de misionero a América, dirigió también la vida de José María para que fuera, como él, un sacerdote secular verdaderamente

apostólico, como lo fué hasta que Dios quiso se le arreglase entrar en la Compañía de Jesús.

Su vida edificante de sacerdote secular empezaremos a conocerla en el capítulo siguiente, pero como toda ella se deslizó unida con la de su protector y amigo, el ilustrísimo señor don Joaquín Torres Asensio, será bien decir aquí, antes de pasar adelante, algo sobre la personalidad de tan esclarecido sacerdote. Era don Joaquín aragonés, nacido en Teruel, ya sacerdote fué canónigo del Sacro Monte de Granada y después Chantre de aquella catedral; profesor prestigioso de teología, fué nombrado teólogo consultor por Granada en el Concilio Vaticano, y desde 1886 canónigo Lectoral de Madrid, después Chantre, Provisor y Vicario General del Obispado, Fiscal de la Rota y Prelado doméstico de Su Santidad. En el orden literario fué autor de una gramática latina, insigne publicista y escritor de altos vuelos; publicó: "El derecho a defenderse que tienen los católicos", "Fuentes históricas sobre Colón y América", "La devoción al Sagrado Corazón de Jesús", "La restauración de los estudios en los seminarios", "Tres cartas al Excmo. Sr. D. Práxedes Sagasta" con motivo de la apertura de la capilla protestante de la calle de Beneficencia, y numerosos artículos en los periódicos católicos, con un sinnúmero de discursos notables, a más de varios prólogos de obras contemporáneas. Tradujo también al castellano el "Diccionario Apologético de la Fe". Tuvo

mucho trato con el Cardenal Rampolla y con casi todos los Prelados y Cardenales españoles, sobre todo con los Obispos de Madrid señor Sancha y Hervás y señor Cos y Madro, en cuyos pontificados fué Provisor y Vicario General de la Diócesis, ambos cargos a la vez, pues tenía capacidad para todo. Aunque de carácter duro o intransigente, era de costumbres intachables; vivió siempre modestamente en compañía de don José María Rubio, ayudándole en sus obras de celo, no sólo económicamente, sino también personalmente, sustituyéndole algunas veces, como veremos en el curso de esta historia.

CAPITULO III

PRIMEROS MINISTERIOS DE DON JOSE MARIA RUBIO

I

Coadjutor de Chinchón

Había celebrado don José María su primera misa el 12 de octubre de 1887, y dos meses después fué destinado a Chinchón de Coadjutor de aquella parroquia. Tan pronto le fué comunicada la orden, empezó a arreglar la maleta y se dis-

puso a partir al día siguiente, sin preocuparse dónde ni cómo había de hospedarse. No es fácil en un pueblo encontrar acomodo, sobre todo si éste ha de ser estable. Por de pronto, le recomendaron la casa de un matrimonio, gente de campo, cuya mujer era muy hacendosa y limpia; y aunque Candelas, que así se llamaba ésta, le puso muchas dificultades para poderle atender, por sus muchas obligaciones, le admitió en su casa hasta que encontrara otra mejor posada; pero después que le trataron y vieron lo bueno que era, no sólo Candelas, sino su marido Pedro Antonio, no consintieron que se fuera a otra casa mientras estuviera en Chinchón.

Ni que decir tiene la alegría con que don José María recibió este nombramiento del Prelado. Era la realización de su ideal, el ejercicio del ministerio sacerdotal en provecho de las almas y en un cargo de trabajo y de sumisión al párroco. ¡Qué bien se avenía esto con su carácter humilde y obediente! Su primera ocupación fué la enseñanza del catecismo a los niños y rudos del pueblo. Supo conquistarse en seguida a los niños, que por todas partes le seguían, y al anochecer los reunía en el atrio de la parroquia, haciéndoles entrar en la iglesia para hacer una visita al Santísimo y rezar el "Angelus"; después les daba algún consejo y les despedía hasta el día siguiente. Su primer sermón fué el día de San Antón, 17 de enero, y habló con tanta sencillez de las virtudes del Santo, que

todos quedaron prendados de él, y le oían con gusto sus explicaciones doctrinales a los niños en la catequesis parroquial. Pero donde mayores triunfos consiguió fué en el confesionario, todos en el pueblo querían confesarse con él, hasta las monjas Clarisas, que allí tienen su convento, pidieronle primero que les diera unos ejercicios, los primeros que dirigió en su vida, el que tantos había de dar después, y luego suplicaron al Prelado, que le nombrase su confesor ordinario, nombramiento que le vino en seguida, a pesar de sus pocos años.

Mas todos estos éxitos, aunque al parecer obedecían a la bondad de su carácter y a la sencillez y atractivo que tenía para todos, tenían su fundamento en la perfección de su vida interior, que le hacía comportarse de esa manera; en aquel amor de Dios que, como fuego divino, abrasaba sus entrañas y le llevaba a hacerse todo para todos y ganar sus almas para Cristo; en su devoción a la Sagrada Eucaristía, pues, como nos dirá él mismo después, recibió muchas gracias y grandes alientos estando ante el Sagrario; y, por último, en su oración continua y vida mortificada, ya que la vida interior y sobrenatural es el alma de todo apostolado eficaz.

Solían decir las hijas de Candelas, su pupileira, que don José María estaba todo el día rezando; y una de ellas, Asunción, contaba que su tía María, que vivía encima de la habitación

de don José María, le oía algunas noches hablar con Dios, y como se lo dijeran a él, les contestó: “¡Qué cosas tiene la señora María!”; pero es el caso que no le volvió a oír más.

Un día al hacer Candelas la limpieza de su habitación encontró en el suelo un cilicio, y ella creyó que era un collar de un perro, y don José María se lo quitó de sus manos sin decir nada, dejándola en la duda de lo que sería aquello. Otro día al lavar sus hijas la ropa de su cama hallaron en ella unas manchas de sangre, y asustadas dijeron a su madre: “¿Qué enfermedad tendrá don José María que así mancha la ropa?” y no la quisieron lavar con la demás por temor a un contagio. Efectivamente, antes de irse don José María de Chinchón había personas que usaban cilicio.

Su amor a los pobres era tan grande que no esperaba a que vinieran a pedirle, sino que él iba a buscarlos para socorrerlos, y cuando nada tenía que darles los consolaba y alentaba para que amasen mucho a Dios y supieran aprovecharse de su pobreza para ganar buen puesto en el cielo. Algunas veces llegó a dar su propia comida, como cuenta su pupilera, la señora Candelas, que estando enferma una pobre vieja del pueblo, sin tener quien la cuidase, le llevaba él su comida.

Un día publicó “El Cencerro”, periódico in-

decente de Madrid, una caricatura bulesca de don José María rodeado de beatas de Chinchón. El insulto provocó una indignación general en el pueblo, donde todos le veneraban, y fueron muchos a desagraviarle, mostrándole su sentimiento, a todos los cuales respondía disculpándose con estas palabras: “¡Pobrecitos!, hay que perdonarles, porque no saben lo que hacen.”

Durante el tiempo que estuvo en Chinchón propagó la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, y como era devotísimo de la Sagrada Eucaristía, fomentó la comunión frecuente en muchas almas piadosas que allí dejó como fruto de su apostolado. Sólo nueve meses llevaba en Chinchón cuando el señor Obispo dispuso encargarle de la parroquia de Estremera, cuyo párroco acababa de fallecer; y don José María, obediente a la disposición del Prelado, dejó todos sus trabajos emprendidos para continuarlos en el nuevo destino. El día 30 de septiembre fué el día de su partida, acudiendo a despedirle casi todo el pueblo de Chinchón, mostrándole así el afecto y estima en que le tenían, y aún en nuestros días se conservan de él gratos recuerdos en el pueblo.

Cura ecónomo de Estremera

Era el 12 de octubre de 1889 cuando don José María Rubio se posesionó del cargo de cura ecónomo de Estremera, pueblo no muy lejos de Chinchón, y como los feligreses de esta parroquia tenían ya tan buenas noticias del nuevo cura, le recibieron con muchas demostraciones de regocijo. Pero estas primeras satisfacciones y consuelos que recibía se vieron nubladas con la pena de ver la iglesia parroquial en estado de ruina y los libros parroquiales en completo abandono por la larga enfermedad de su antecesor. Durante nueve años no se habían inscrito en ellos las partidas de bautismo, bodas y entierros; sólo se conservaban en apuntes sueltos y en ciertas anotaciones que el sacristán hacía. Fué necesario rehacer todo con los datos de estas notas y del registro civil y con los que proporcionaron los propios interesados y testigos fidedignos, hasta poner al corriente todas las partidas en los libros parroquiales.

Al mismo tiempo de estos trabajos de despacho empezó a preocuparse de las obras de la iglesia y de la casa curato, que estaba inhabita-

ble. El se colocó de pensión en casa del matrimonio Plácido Palencia y Victoriana Egido, con quienes vivió mientras estuvo en Estremera; y, como en Chinchón, empezó a desplegar las actividades de su celo con los niños, con los pobres y enfermos, con su asiduidad en el confesionario y fomento de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Pero aquella iglesia en ruinas le quitaba el sueño; no era ya asunto de limpieza, sino que exigía obras costosas de albañilería para las cuales no había recursos ni él podía sufragar los gastos. Acudió a su protector don Joaquín, sin dejar de reclamar la ayuda del pueblo, consiguiendo la prestación de trabajo personal de unos, y de otros su ayuda en dinero, con lo cual dió comienzo a las obras. Más de medio año duraron éstas, y en los repetidos viajes que hacia don Joaquín para llevarle alguna cantidad, se quejaba de lo mucho que le hacía gastar, pero como lo edificaba con su celo y abnegación, no le negaba nada de cuanto era necesario.

Cuando se terminaron las obras de la iglesia quiso don José María celebrar un triduo solemne para dar gracias a Dios, en el cual predicaron don Joaquín, el señor Penitenciario de la Catedral de Madrid y el señor Magistral de la Habana, y él mismo habló después para agradecer a cuantos habían ayudado a las obras. Era esto el día de San Pedro, y después de terminadas las obras, aún salieron algunas pequeñas cuentas que llegaron a sumar más de tres mil pesetas, que el

bondadoso don Joaquín sufragó por completo. Pero viendo que así no podía seguir, porque la prodigalidad de su protegido le arruinaría, concibió la idea de traérselo a Madrid. Con este propósito quiso que opositara a una canongía cuyas oposiciones estaban anunciadas para fin de agosto. —“Es menester que te prepares para estas oposiciones”—le dijo resueltamente. Ni un jarro de agua echado sobre él le causaría tan desagradable impresión como aquella resolución de su protector y amigo, tan contraria a sus deseos y a sus planes. ¡Cuán lejos estaba el joven sacerdote y celoso cura de Estremera de pensar en canongías! Si se resignaba a no ser jesuita, era mientras pudiera ejercitar su celo en el apostolado parroquial, pero en la Catedral ¿qué iba a hacer él? Mas no podía negarse, y tuvo que volver a los libros y prepararse para las oposiciones. El 7 de agosto se presentó al Prelado como candidato y le fué admitida la instancia. Sus compañeros y amigos le felicitaban ya de antemano, dando por seguro que sería para él la canongía, dada la protección que le dispensaba el señor Vicario, pero él les replicaba: “No seáis tontos pensando será para mí, sólo aspiro a que me aprueben los ejercicios. Lo será, ya verán ustedes, para el valenciano, que vale muchísimo.” Y efectivamente, el agraciado fué don Salvador Castellote, valenciano, que luego fué Obispo de Jaén y murió preconizado Arzobispo de Sevilla para suceder al Cardenal Espínola.

Después de estas oposiciones volvió don José María a Estremera con encargo de don Joaquín de que arreglara las cosas y se despidiera de la parroquia, pues quería que viviese con él y le tenía preparada aquí en Madrid una colocación. Era ésta una clase en el Seminario diocesano para el próximo curso de 1890-91, y el 30 de septiembre dejó Estremera para no volver más. Sin embargo, siendo ya profesor del Seminario quiso volver, pues no podía olvidar a sus feligreses por el gran afecto que le habían tomado, pero don Joaquín se opuso diciéndole: "No conviene que vuelvas a Estremera por dos razones entre otras, la primera, porque si vuelves harás agravio a tu sucesor, pues difícilmente podrá hacer él los gastos que tú has hecho, y la segunda, porque te harán tales muestras de afecto que dejarás malparado a tu sucesor." Don José María quedó convencido y resignado y no volvió a Estremera.

CAPITULO I V

DON JOSE MARIA RUBIO, PROFESOR DEL SEMINARIO DE MADRID

En octubre de 1890 empezaba el curso del Seminario madrileño, y entre los nuevos profesores estaba don José María Rubio y Peralta, el cura de Estremera, que había opositado en el

mes de agosto a la canongía vacante en la Catedral, y los noveles estudiantes tenían ansias de conocerle por los elogios que de él se hacían. Las asignaturas a su cargo eran la Metafísica y la Perfección de latín. Era esta última una asignatura nueva, puesta por iniciativa de don Joaquín en el tercero de Filosofía, pues como buen latino quería que además de los tres cursos de latín, en los primeros años, se perfeccionasen los seminaristas en la lengua del Lacio, para lo cual puso de texto su gramática escrita en latín.

Yo que fuí discípulo de don José María en el curso de 1892-93, pude apreciar, por propia experiencia, lo cuesta arriba que se nos hacía estudiar esta asignatura en el tercero de Filosofía, cuando otros estudios de más embergadura nos llamaban la atención y nos ocupaban el tiempo. Mejor hubiera sido añadir un curso más de latín a los tres primeros años, como después se hizo, que no entorpecer los estudios filosóficos con perfecciones del lenguaje. Y digo esto, porque la asignatura de *Perficit*, como irónicamente la llamábamos, cayó mal en el Seminario, y sólo el profesor con su bondad y paciencia nos la hizo llevadera. Don José María era ya tenido por santo y ejemplar sacerdote, y por tal le teníamos sus discípulos, que siendo la mayoría externos no le faltábamos a clase, ni a la traducción de los clásicos latinos en que consistía la diaria ocupación.

Además de la clase de *Perficit* explicaba don

José María la Metafísica para los del segundo de Filosofía, y no sólo por lo más intrincado de este estudio, sino porque él no sentía afición a la Filosofía, tuvo que esforzarse más de lo que su naturaleza débil podía, y como por otra parte, siguiendo su marcada vocación de apostolado, se había metido en obras de celo, como después veremos, el caso es que cayó enfermo y tuvo un vómito de sangre, allá por la primavera, que le imposibilitaba terminar el curso. Pero después de unos días de descanso y régimen especial, pudo acabar las clases y examinar a los alumnos. Una vez terminado el curso, alquiló don Joaquín una casa en el inmediato pueblo de Alcobendas y allí se fueron los dos con su criado Plácido Palencia a pasar el verano; pues don Joaquín estaba también resentido en su salud de tanto trabajo como le proporcionaban sus múltiples ocupaciones de Vicario General y Provisor del Obispado. Pero desgraciadamente no les fué bien en Alcobendas, y determinó don Joaquín construir una casita en Cercedilla, como sitio más a propósito para pasar el verano, a donde irán los años siguientes. Terminadas las vacaciones de Alcobendas, regresaron a Madrid para seguir con sus habituales ocupaciones, si bien a don José María le cambiaron la clase de Metafísica por la de Teología Pastoral, que se avenía mejor a sus aficiones, y pudo pasar el curso más aliviado.

No hemos dicho aún, y conviene decirlo antes

de pasar adelante, que don Joaquín vivía solo en una pensión de la calle de Carretas número cuatro, desde que don José María se fué de Coadjutor a Chinchón, y al venir éste a Madrid y querer vivir juntos, alquiló un piso en la casa número dos de la calle de Barrionuevo (hoy Conde de Romanones), esquina a la de Concepción Jerónima, y como no querían ser servidos por mujeres, tomaron de criado a Plácido Palencia. Era éste un buen hombre en cuya casa vivió don José María en Estremera, como se excusase por no saber de cocina, le dijo don José María: "con tal de que sepas guisar unas patatas tenemos bastante". Con este fiel criado se arreglaban y con él fueron a Alcobendas el verano de 1891 y el siguiente de 1892 a Cercedilla.

En la casita de Cercedilla a donde fueron ya el año 1892, le sentó el verano a don Joaquín, pero no a don José María, que el 22 de julio escribía desde Cercedilla a su antigua bienhechora de Estremera, doña Rufina Camacho: "No me siento bien. Como nuestro Señor sabe muy bien mi inutilidad para las cosas buenas, me he retirado con esta enfermedad de la vida activa. Bendita sea por siempre su misericordia." Lo cual prueba que su enfermedad no había desaparecido y le duró algún tiempo más, pues en el verano de 1896 todavía se quejaba, en carta a sus hermanos, de "que su salud estaba mal y que la cabeza andaba tan floja que apenas po-

día ocuparse en trabajos que pidieran mucha atención”.

Desde que vino don José María a Madrid, el 30 de septiembre de 1890, de profesor en el Seminario, empezó a tratar con los padres jesuitas de la calle de Isabel la Católica, sobre todo con el P. Fernando Cermeño, a quien había escogido por confesor, y con el P. Francisco de Paula Garzón, quien tenía muy buenas referencias de él por las señoras doña Rufina y doña Carmen Camacho, de Estremera, muy favorecedoras de la Iglesia, por cuya razón fué grande la amistad con este padre, ayudándole mucho en la Obra del Apostolado de la Prensa, y, en general, con todos los padres que se distinguían por su celo en los suburbios, pues como tenía genio de apóstol encontraron en él un excelente colaborador. Con este trato se acrecentó en él la inclinación hacia la Compañía de Jesús, que había sentido por primera vez en Granada, y así decía en una de sus cartas: “No quiero ocultar que cada día me siento mas *jesuita de afición*; palabras que repetía después muchas veces.

También continuó aquí su amistad con el famoso hermanito Agustín de la Madre de Dios, otro San Juan de Dios moderno, que conoció en Chinchón y fué siempre su mejor amigo y consejero. Era éste admirado peregrino por los pueblos de Madrid, natural de Murcia, hombre de estudios, pues tenía varias carreras, y cuando el cólera de 1885 trabajó como médico en Ciempo-

zuelos, atendiendo a los coléricos con una caridad heroica, y, terminada la epidemia, se dió a hacer una vida de penitencia, viviendo como un ermitaño en unas cuevas cerca de Aranjuez y no lejos de Chinchón. De allí salía por los pueblos en peregrinación de penitencia. iba descalzo y cubierto de harapos, no se alimentaba más que de pan y agua, y si le deban dinero de limosna lo repartía entre los pobres. Conoció a don José María cuando estaba de Coadjutor en Chinchón y con él se confesaba, teniéndole tal veneración que le oía sermones de rodillas, y lo mismo en Estremera cuando iba a confesarse. Ahora en Madrid siguió su amistad, y don José María le ayudaba en la recogida de pobres desamparados, con los cuales vivía en una casita pobre de la calle de López de Hoyos, e interesando en su favor al mismo señor Vicario General, don Joaquín, quien empezó a ayudarle económicamente en aquel improvisado asilo de pobres; pero le obligaron a que, dejados los harapos, vistiere honestamente y dejase las penitencias exteriores para poder atender mejor a los pobres y buscarles el sustento. Don José María fué su protector hasta que murió en olor de santidad.

CAPITULO V

CAPELLAN DE LAS BERNARDAS

Empeñado don Joaquín Torres Asensio en hacer de don José María un hombre de valer en la esfera eclesiástica, tuvo que convencerse de que, si estos eran sus deseos, otros eran los designios de Dios sobre su favorecido amigo. Don José María seguía delicado de salud y sin afición al estudio ni a cargos honoríficos eclesiásticos. En cambio, era incansable cuando se trataba de trabajos encaminados a salvar almas. Su apostolado no tenía límites. En Chinchón como en Estremera y ahora en Madrid, se multiplicaba sin descanso en estas ocupaciones: Por eso, cuando en el mes de marzo de 1893 fué nombrado capellán de las Bernardas, cuya iglesia del Sacramento le ofrecía abundante campo para sus trabajos apostólicos, lo recibió con suma alegría; no así las monjas, a quienes les hizo poca gracia que les nombraran un capellán tan joven y con muchas pretensiones de cargos, como equivocadamente sospechaban, pero pronto cambiaron de manera de pensar y fué grande la estima en que le tuvieron.

Una vez posesionado del cargo se fué a vivir

con don Joaquín en aquella casita que a la derecha del pórtico de la iglesia sirve de vivienda del capellán. A ella trasladaron los pocos muebles que tenían en el pisito de la calle de Barrionuevo, y para su servicio y cuidado de la casa hicieron venir de Dalias a Ana María, hermana mayor de don José María, que tenía a la sazón veintidós años. Con este motivo fué don José María a ver a sus padres y traer a su hermana. Sólo unos meses estuvo con ellos Ana María, pues habiendo vuelto a su pueblo para asistir a una boda, contrajo allí el tifus y hubo de quedarse con sus padres, falleciendo a consecuencia de esta enfermedad el 28 de agosto de 1893.

A la muerte de esta hermana, como las otras eran pequeñas y no querían ser servidos por mujeres extrañas a la familia, hicieron venir de Estremera al sacristán, Julián Jiménez del Hoyo, para que les sirviese de fámulo, como antes les había servido Plácido Palencia. Es Julián (pues, según me dicen, vive todavía) un buen hombre que se esmeraba todo lo posible para cuidar a los dos sacerdotes. El cuidaba de la cocina y limpieza de la casa, les hacía la compra y los recados. Pero era fama en la vecindad que de aquella cocina no salía más que olor a ajos, y se comentaba las pocas cosas que Julián traía del mercado.

Además del cargo de Capellán habíale colocado don Joaquín en su oficina, encargándole del

Registro de la Vicaría y del Negociado de pobres, y como estos cargos eran incompatibles con las clases del Seminario dejó de ser profesor del referido centro eclesiástico para dedicarse de lleno al apostolado de los pobres; pues desde su oficina de la Vicaría realizó una verdadera campaña de moralidad, ayudando a cuantos venían a gestionar, como pobres, sus asuntos matrimoniales, y desde la iglesia de las monjas Bernardas empezó a cuidarse de la catequesis y de la dirección de las almas que acudían a su confesionario atraídas por sus virtudes y celo apostólico, llegando a ser muy pronto un verdadero apóstol de Madrid, de cuya santidad fuimos testigos cuantos le conocíamos y tratábamos.

Como Capellán de las monjas decía la misa de la Comunidad a las seis, hora natural, pero antes de abrir el sacristán las puertas de la iglesia ya estaba don José María haciendo oración en el presbiterio, donde a solas con Dios y de rodillas en el suelo trataba de su santificación personal y le pedía por el mayor aprovechamiento de sus penitentes. En cuanto notaba que ya había fieles en la iglesia se sentaba en el confesionario hasta la hora de la misa, y continuaba después hasta bien entrada la mañana, porque a su confesionario fué acudiendo toda la gente piadosa de la barriada. Muchos días eran las once y aún no había subido a desayunar, y como don Joaquín se iba a esta hora a la Vicaría, viendo que no subía de la iglesia le enviaba recado

con el fámulo, al cual le decía siempre: “Voy en seguida, en seguidita”; pero no siempre era tan en seguida, y don Joaquín, impaciente ya, bajaba a la iglesia y tomándole del manto le hacía salir del confesionario, no sin decir antes a los penitentes que allí esperaban: “Esto no puede seguir así, me lo vais a matar.” En vista de que estas escenas se repetían casi a diario, tomó la determinación de que le bajasen el desayuno a la sacristía; pero hasta allí se acercaban los impacientes penitentes y otras personas, que entraban a contarle sus lastimosas necesidades, terminando, no pocas veces, por dar hasta su desayuno.

Contaba Julián, su fámulo, que después de cenar y cuando don Joaquín y él se retiraban a descansar, don José María iba a la tribuna que daba a la iglesia y estaba allí hasta horas muy avanzadas haciendo oración, sin que pudiese saber a qué hora se acostaba y aun sospechaba que muchas noches no dormía en la cama.

A tan continua oración añadía muchas penitencias, no sólo en la parquedad de la comida, sino de cilicios y disciplinas, pues aunque tenía mucho cuidado de ocultarlo, alguna vez encontraba Julián alguno de estos instrumentos de penitencia olvidado en el cajón de la mesilla de noche. Y Daniel Navarro, sacristán de las monjas, decía que “no había visto Capellán tan madrugador y tan asiduo al confesionario como don José María, y que pasase tantas horas de rodillas en ora-

ción y sin apoyarse en nada, ni tan desinteresado que se resistía a recibir retribución por su predicación, y tan limosnero que todo lo daba”.

La iglesia de las monjas servía provisionalmente de Parroquia de la Almudena, y aunque él nada tenía que ver con ésta, ayudaba en todo lo que podía a la solemnidad del culto y a la preparación de los niños para la primera comunión, de tal manera, que fué un poderoso auxiliar del Párroco. El culto se aumentó considerablemente desde que él vino de Capellán. Estableció el Apostolado de la Oración, organizó la devoción de los primeros viernes, que resultaban solemnísimos por las muchas comuniones y concurrencia de fieles al ejercicio de la tarde. La novena del Sagrado Corazón llegó a ser una de las más solemnes de Madrid. También organizó la Adoración Nocturna de hombres y la Hora Santa para todos los fieles, devoción que fué luego en sus últimos años su obra predilecta. Propagó de tal manera la adoración eucarística que, sin estar aun fundadas las Marías de los Sagrarios, parecía añorar ya esta obra, pues como recuerdan algunas de sus confesadas, recomendaba a las señoras con mucha insistencia que velasen ante el Sagrario para acompañar al Señor en su soledad, desagráviándole de la ingratitud y olvido de los hombres.

Como empleado en la Vicaría y, sobre todo, en el negociado de pobres, tuvo ocasión de conocer y tratar a cuantas señoras se ocupaban en Madrid

de tramitar esta clase de expedientes matrimoniales, a las cuales atendía con toda diligencia, facilitándolas todos los trámites; y cuando alguno de estos matrimonios se resistían, por la ignorancia religiosa o por los prejuicios que las ideas materialistas habían sembrado en sus rudas inteligencias, trataba de adoctrinarles y convencerles, para lo cual les hacía venir por las tardes a la oficina de la Vicaría o iba él mismo a sus domicilios cuando era preciso. Con este fin había habilitado uno de los salones bajos del convento, donde reunía los domingos a los obreros que le traían las señoras.

Estos fueron sus principios, pero su apostolado fué creciendo y extendiéndose de tal manera que el Capellán de las Bernardas era un poderoso auxiliar de catequesis, escuelas dominicales y cuantas obras de celo había en Madrid, y su confesionario el más frecuentado en toda la barriada, llegando a ser buscado para confesor de monjas y de almas selectas. Mas todo esto merece capítulo aparte.

CAPITULO VI

DIRECTOR DE ALMAS

Desde que se posesionó de la capellanía de las monjas Bernardas en marzo de 1893 se consagró don José María totalmente al culto de la iglesia

y al confesionario. Tenía sólo veintinueve años y su fama de director de almas se extendió pronto por toda la feligresía. Sus primeras confesadas fueron gente sencilla y piadosa de aquella barriada, y a medida que le iban conociendo se fué aumentando el número y calidad de las personas que acudían a su confesionario, pues cuantos se confesaban con él salían diciendo: “¡Qué santo es don José María Rubio y cómo quiere que todos lo sean!”

Su ascética era sencilla: amar mucho a Dios Nuestro Señor, sabiendo sacrificarse por Él, huir del mundo y hacer siempre y en todo la voluntad de Dios. Su teoría era, la santidad al alcance de todos, lo mismo en el confesionario que en el púlpito.

Su dirección era suave y persuasiva, pues tenía el don de Dios de persuadir aun a los mayores pecadores, que atraía al arrepentimiento con dos o tres razones de orden sobrenatural que les daba. A cuantos se resolvían a servir a Dios con mayor perfección les llevaba suavemente por vía de amor a hacer pequeños sacrificios, hasta que eran capaces de hacerlos mayores. Era muy cuidadoso de su adelantamiento espiritual hasta en los pequeños detalles, con que demostraba el interés que se tomaba en la santificación de sus almas. A la gente sencilla enseñábales a hacer oración y llevar examen diario de su conciencia; fomentaba entre sus confesadas la comunión frecuente y aun diaria, la devoción a la Sagrada

Eucaristía y al Sagrado Corazón de Jesús; insistía mucho en la práctica de hacer ejercicios espirituales todos los años, aun entre la gente trabajadora. Daba normas particulares de vida, según sus ocupaciones y estado, a veces por escrito, y pedía cuenta de su cumplimiento. Repartía unas cedulillas con el Santo del mes y los oficios del Sagrado Corazón de Jesús y el “Cuarto de hora de oración de Santa Teresa”, librito este que costeaba doña Agustina Retortillo, señora piadosísima, alma de las Escuelas Dominicales de Madrid y después primera presidenta de las “Marías” madrileñas. No permitía que estas personas dadas a la virtud asistieran a diversiones y espectáculos, si no era por necesidad de obedecer a sus maridos o a sus padres, si eran jóvenes, ni consentía a sus confesadas modas provocativas ni lujos excesivos. En esto era intransigente de tal manera que las personas mundanas no podían continuar bajo su dirección, y sólo perseveraban las almas dispuestas a ser santas.

Refiere el P. Constancio Eguia de una señora muy probada de Dios con largas y penosas enfermedades, que por escrito manifestó así su opinión sobre la manera de dirigir almas don José María Rubio: “Deseaba yo—escribe esta señora—un confesor verdaderamente santo, y al hablar por primera vez con este señor quedé más que satisfecha. Sus consejos, su doctrina y toda su dirección eran de una austeridad grande. Encaminaba las almas al desprecio del mundo y a

darse a la vida interior; para lograr lo cual tenía un don de persuasión tan grande que sólo con oírle se quedaba una convencida de aquellas verdades y se sentía como un imán de atracción a esa vida interior, aunque costase mucho dejarlo todo. Esto que digo no sucedía sólo conmigo, todos los que trataban con él en el confesionario decían lo mismo, y en aquel barrio donde era tan conocido, se comentaban mucho sus dichos, repitiéndose siempre el mismo elogio: ¡Qué santo es don José María y cómo quiere que todos lo sean!”⁴.

Para don José María no había clases sociales, sino almas buenas o malas. A todas dirigía con igual solicitud y ponía mucho empeño en que los ricos piadosos se unieran en sus actos de piedad con los pobres, y así, teniendo que dar la primera comunión a la hija de unos señores de título, les rogó que lo hiciera también con su niña la hija de la trapera que recogía los desperdicios de su casa, haciéndolo así estos señores con gran edificación de todos.

Conocía mucho a las religiosas Reparadoras desde que tenían su primera casa en la plaza de la Villa, a donde iba todos los días a hacer su visita al Santísimo, expuesto en aquella capillita en la que don Joaquín gustaba de celebrar a diario la Santa Misa, y cuando estas religiosas se trasladaron a la casa actual de la calle de Torija

⁴ «Vida del P. Rubio», del P. C. Egula, pág. 56.

les enviaba a sus confesadas pobres para que las instruyeran con más detenimiento en la doctrina y práctica de la virtud, sobre todo chicas jóvenes, de las cuales fueron algunas después mujeres de gran virtud, como Sor Josefa del Sagrado Corazón, que murió en olor de santidad.

Estas mismas religiosas, viendo el celo y discreción del joven capellán para dirigir almas, pidieron al señor Obispo que le nombrara su confesor ordinario, y lo mismo hicieron las religiosas Bernardas, que antes le habían recibido de Capellán con cierto disgusto por no conocerle. Con motivo de este nombramiento dijo el Prelado a las religiosas: “que con gusto le nombraba confesor ordinario, a pesar de no tener la edad que señalan los cánones, dispensándole de esto, porque, a pesar de sus pocos años, sus virtudes de humildad y de prudencia suplían con creces a la falta de experiencia”. No quedó desmentido este elogio del Prelado, pues las Bernardas se hacían lenguas después de su nuevo confesor y Capellán; y por lo que hace a las Reparadoras, copiamos aquí algunas declaraciones de estas religiosas a PP. de la Compañía de Jesús, tomándolas del P. Staehlin en su biografía del P. Rubio.

“Tenía—escribe una de estas religiosas—el joven sacerdote un corazón puramente sensible y sentía mucho las indelicadezas y roces naturales de la vida. Por eso hacía cargo de lo que podían sufrir otras personas, sobre todo en la vida religiosa, donde el contacto diario y continuo

con tan diferentes personas en educación y carácter las exponen tan fácilmente a esos roces cotidianos. Y él tenía siempre en estos casos una palabra consoladora y sobrenatural con que darles aliento y paciencia para aguantarlo y sufrirlo todo hasta con gozo.”

“Respetaba mucho—dice otra—el camino particular de cada alma y sabía mantenerla en él con diestra mano.” “En particular—declara otra—poseía el don de consolar, poniendo siempre al alma en un estado sobrenatural; es decir, que consolaba no con razones de carne y sangre, sino con motivos que acercaban a Dios y hacían desear llevar bien las penas y sufrimientos por Él.”

“Tenía también—añade otra religiosa—, a pesar de sus pocos años, una especie de intuición o luz profética con que de golpe distinguía no sólo la índole de las almas, sino también su mayor o menor necesidad presente, y a esta necesidad se atenía, bien despachándoles en términos breves y con sólo dos palabras dichas con fuerza en nombre de Dios, bien encuchándolas y atendíéndolas con paternal detención y prolijidad, cuanto quiera que lo pedía su estado. Y lo que es más de admirar, a unas y a otras las dejaba particularmente contentas.”

No es extraño que las religiosas encontraran en su dirección un excelente confesor, cuando la gente del mundo salía tan consolada y edificada de su confesionario. Eran muchas las perso-

nas seglares que se dirigían con él, acudiendo a consultarle los más graves problemas de su vida. ¡Tan estimable era el concepto que tenían de su prudencia y virtudes! Los PP. jesuítas y en particular el P. Cermeño, le enviaban en sus ausencias a sus confesadas para que se confesasen con él o le pidieran consejo. Y si todo esto sucedía en sus primeros años de sacerdote, cuando luego entró en la Compañía de Jesús fué tanta la fama que adquirió de director de almas que a su confesionario y aun fuera de él acudían cuantos acosados por sus inquietudes religiosas necesitaban de consejo o, por lo menos, de consuelo. El doctor don Félix Bilbao Ugarviza, tan ejemplar y sabio sacerdote y tan estimado en Madrid por sus virtudes, cuando le nombraron Obispo de Tortosa no se atrevía a aceptarlo sin consultar antes con su antiguo amigo y compañero don José María Rubio, que, ya jesuíta por aquel entonces, vivía en Madrid, y éste se tomó un día de tiempo para darle la respuesta, pues quería encomendar el asunto a Dios en la oración y en la Santa Misa, como tenía de costumbre en las cosas difíciles; y cuando al día siguiente fué don Félix a recibir su respuesta, le dijo resueltamente, como inspirado por Dios: "Puedes aceptarlo, porque en ello darás mucha gloria a Dios." Y lo aceptó por seguir su consejo, pero repugnándole mucho por su humildad.

CAPITULO VII

SU APOSTOLADO EN MADRID

El amor a Jesucristo que ardía en el corazón de don José María Rubio no quedaba satisfecho con ser un excelente confesor y director de almas escogidas. Para él estas almas estaban ya ganadas para Dios y aseguradas en el camino del cielo; su caridad le impulsaba con más afán a buscar a los pecadores, a los ignorantes y descarriados para salvar sus almas y para que conociesen mejor a Dios Nuestro Señor. Si aceptó ser confesor de monjas fué más por obedecer al Prelado y por su carácter sumiso y bondadoso que no se atrevía a negarse a nada que redundara en gloria de Dios, que porque él se sintiera inclinado a este ministerio. Su deseo constante, lo que anhelaba su corazón, era trabajar en la viña del Señor como un obrero diligente "allí donde hubiera más trabajo y la necesidad fuera mayor y menos la honra y aplausos del mundo", que era el lema del Beato Juan de Avila, cuyo espíritu parecía renovado en este modesto Capellán de las Bernardas. Por eso le vemos desplegar todas sus energías entre la gente humilde y pobre; primero como auxiliar de lo que otros hacían, y

después como maestro, dirigiendo centros de apostolado con cuantas personas, animadas de sus mismos sentimientos, se ponían bajo su dirección.

Empezó por reunir en una de las habitaciones bajas del convento a los niños que preparaba para hacer la primera comunión, siendo en esto un decidido auxiliar de la parroquia; después haciendo venir allí a varios jóvenes y hombres casaderos que, con motivo de su cargo en la Vicaría, veía que necesitaban alguna instrucción religiosa antes de tomar estado; y más adelante se trasladó allí la escuela Dominical que en el colegio de San Isidro dirigía la señora doña Luisa Recarte, viuda de Tejada, llegando a ser este un centro de formación religiosa para todas las jóvenes de profesión modesta de aquella feligresía. Muchas de estas jóvenes las enviaba a las religiosas Reparadoras para que ellas acabaran de perfilar su obra, como dijimos en el capítulo anterior.

Por aquel tiempo tenían las religiosas Reparadoras, recién establecidas en su nueva casa de la calle de Torija, dos obras de celo muy notables, a las que ayudaba don José María con toda su alma. Estas obras de celo de aquellas buenas religiosas eran: la Obra de los Traperos y la Obra de los Golfos.

La primera nació por iniciativa del padre de una de aquellas religiosas, don Santiago López, dueño del renombrado establecimiento de mue-

bles “Emporio de Ventas”, de la calle de Leganitos, donde vivía con su familia, empleando la mitad de las ganancias de su comercio en socorrer a los pobres económica y espiritualmente. Hacía llamar a su empresa *Emanuel* (Dios con nosotros) y sufragaba los gastos de esta obra de celo. Innumerables traperos y gente pobre recibían instrucción religiosa y asistían los domingos y días festivos a una misa-tarde que se decía para ellos, durante la cual se les explicaba el Evangelio y doctrina cristiana, siendo don José María uno de los sacerdotes encargados de hacerlo. El sostenedor de esta obra, don Santiago López, murió hace pocos años y su hija religiosa marchó de misionera a las Misiones de Africa.

La otra, “Obra de los Golfos”, empezó con motivo de haber socorrido una de aquellas religiosas a un muchacho vagabundo y colillero, a quien consiguió corregir, instruyéndole y proporcionándole trabajo honrado. Esta labor se extendió a otros muchos, pues unos a otros se recomendaban, llegando a tener más de doscientos asociados de esta clase de chavales, a quienes instruían estas buenas religiosas, ayudadas de don José María Rubio, en uno de los salones de la planta baja del convento. Eran estas reuniones la mar de pintorescas, pues tenía que asistir a ellas un policía. Después fué trasladada esta obra de los golfos a los jesuitas de la calle de la Flor y las religiosas fueron sustituidas por los jóvenes de las congregaciones marianas.

En estas obras don José María no era otra cosa que un auxiliar, sin que llevara la dirección; pero donde desplegó todo su celo apostólico fué en los suburbios de Tetuán, donde las "Doctrinas" y "Escuelas Dominicales" hacían una labor inmensa dirigidas por los jesuítas; y como él lo era de afición, les ayudó todo lo que pudo, ya enviando a ellas señoras de sus confesadas para las catequesis, ya asistiendo él personalmente todos los domingos. Las señoras de las "Doctrinas" habían levantado dos pabellones en el barrio de Bellas Vistas con su capilla correspondiente, a donde acudían hombres y mujeres de aquella barriada para ser instruídos y para oír la santa Misa los días de fiesta, durante la cual les predicaba don José María. Su predicación era *sui generis*, acomodada a la ruda inteligencia de aquellas gentes, y donde más de una vez era sustituido por el señor Vicario General de la Diócesis, don Joaquín Torres Asensio, que, estimulado por el celo de su protegido, quería él contribuir personalmente en esta obra evangelizadora, sobre todo cuando emprendió por su cuenta otra obra similar en el barrio de Lavapiés.

En las Escuelas Pías de San Fernando, de la calle de Mesón de Paredes, estaban establecidas unas escuelas dominicales donde unas buenas señoras reunían las tardes domingueras a las jóvenes pobres de aquella barriada para enseñarles el catecismo, y como una de aquellas señoras se confesaba con don José María y le enteró de lo

que hacían, pronto vió que aquella obra era susceptible de aumento y de perfección, resolviéndose a ir allí todos los domingos y establecer, como en las dominicales de Bellas Vistas, de Tetuán, una misa a las once de la mañana, durante la cual él mismo les adoctrinase. Estas escuelas dominicales recibieron un gran refuerzo bajo la dirección de don José María, no sólo aumentó el número de señoras catequistas, sino el de jóvenes concurrentes, en su mayoría cigarreras y sirvientas de aquel barrio. No se contentó con la enseñanza del catecismo, que era muy intensa por el celo desplegado por las señoras, sino que el mismo don José María tomó a su cargo el ir formando en la piedad, enseñando a todas aquellas jóvenes a tener oración, y consiguió que frecuentaran los Sacramentos, y algunas a diario, para lo cual les regalaba el librito *Un cuarto de hora de oración*, que generosamente costeaba doña Agustina Retortillo juntamente con otros libros de piedad; y era de ver cómo estos libritos se encontraban a diario en el bolsillo del delantal o en la cesta de la compra de aquellas jóvenes sirvientas y obreras de la fábrica de tabacos. Todos los años se hacían los siete domingos a San José y se practicaban los santos ejercicios de San Ignacio con gran asistencia.

Es incalculable el bien espiritual que realizaron estas escuelas en toda aquella barriada, pues de ellas salieron varias obreras verdaderos apóstoles de la doctrina cristiana, que pusieron a don

José María en contacto con los obreros y matarifes del Matadero Municipal, a donde iba el joven sacerdote a adoctrinarles y a responder a sus inquietudes religiosas, con una paciencia y caridad tan grande, que los ganaba para Dios; como lo prueba el hecho que nos cuenta un caballero que, acompañando un día a don José María por la calle de Alcalá, oyó decir a uno de estos matarifes que con otros obreros pasaron a su lado: —“Veis ese cura que va por ahí, es un santo. Si vierais las cosas que nos dice cuando va por el matadero...”

Era conocido por su bondad en todo el barrio de Lavapiés, y así, cuando había enfermos graves que se resistían a recibir los Sacramentos le buscaban para que fuera a confesarles. Entre los muchos casos que pusieron a prueba su virtud, referiremos el de un periodista anticlerical que no sólo se negaba a confesarse estando muy grave, sino que tenía advertido a su familia que si algún cura se atrevía a venir a su casa, le tiraría por el balcón, enterado don José María de esto por las señoras que nada pudieron conseguir de esta familia, se presentó un día en la casa sin avisar. Su presencia sobrecogió de tal modo a la familia y al enfermo que no supieron oponerse, y de tal modo habló al enfermo, que se entregó por completo, se confesó y recibió el Santo Viático. Después de su fallecimiento asistió don José María al rosario durante los nueve días, y

al final del novenario confesaron y comulgaron todos los de aquella familia.

Escenas como esta se repitieron en aquel barrio de Lavapiés, donde don José María Rubio era ya venerado como santo.

CAPITULO VIII

SU VIDA INTIMA Y FAMILIAR

Contra lo que algunos pudiesen creer viendo a don José María tan sumiso y obediente a cuanto don Joaquín quería hacer de él, no fué fámulo suyo, ni siquiera le costeó la carrera, pues sus padres tenían un buen pasar y gozó además, mientras estuvo en Granada, de una beca que le consiguió su tío, el canónigo de Almería; pero fué tanto lo que simpatizó con don Joaquín, cuando éste le tuvo de discípulo, por su bondad y su aplicación, que se constituyó en protector suyo y le hizo venir a Madrid cuando él se trasladó aquí, para hacer de José María un hombre de provecho. Por eso le facilitó todos los trámites de su traslado de estudios y de órdenes sagradas; quiso que hiciera oposiciones a una canongía de Madrid, le nombró profesor del Seminario y Notario después en la Vicaría, obligándole más tarde a tomar los grados de Teología y Cánones.

Era esto último en el verano de 1896, cuando más ocupado estaba en sus obras de apostolado, pero por no desairarle tuvo que volver a los libros, aprovechando así en el estudio aquellos meses de vacaciones que pasaban en Cercedilla. En septiembre marchó a Toledo para hacer los ejercicios literarios y recibió el grado de Licenciado en Teología, y al año siguiente la licenciatura y doctorado de Cánones, grados de que jamás hizo uso de ellos, ni ostentó nunca que los tuviera. Como era de carácter sencillo y bondadoso y muy agradecido a las muchas atenciones de don Joaquín, procuró siempre complacerle en todo, aunque sentía otra vocación distinta a la que su protector y amigo quería conducirle.

Don Joaquín, que junto con su talento tenía muy buen espíritu sacerdotal, veíase en todo lo que por él hacía contrariado, pero gozoso de ver en su protegido un sacerdote animado de un celo tan apostólico y ejemplar, que le edificaba y le hacía estimarle más y más, ayudándole en su apostolado no sólo económicamente, sino también supliéndole muchas veces, como ocurrió en las pláticas a los traperos de Tetuán. Su amistad tenía, pues, unos fundamentos muy hondos en la caridad de Cristo, que les unía, sin que fuera bastante para quebrantarla ni la diferencia de carácter ni los diversos gustos e inclinaciones.

Cuando los jesuitas inauguraron el nuevo noviciado de Granada, siendo ya sacerdote don José María, fué allí para hacer unos días de ejercicios

espirituales, y aunque don Joaquín consintió en ello, empezó a sospechar que pudiera abandonarle, dada su manera de pensar, y tanto le preocupó esta idea, que escribió alarmadísimo una carta al P. Rector del Noviciado en tales formas que el P. Provincial dispuso que don José María se volviera a Madrid sin terminar los ejercicios. Cuéntase que al presentarse en la casa don Joaquín le dijo bromeando: “Cuando se viene de fuera se avisa por si uno quiere ir a la estación a esperarle.” Don José María, que estaba persuadido de todo lo ocurrido, se calló; pero entonces le debió dar palabra de no abandonarle jamás, pues poco después, lamentándose con las religiosas clarisas de Chinchón de las dificultades que tenía para ser religioso, le oyeron decir: “¡Ay! ¡Cuánto pesan algunas veces las palabras que se dan!”

Sus relaciones con sus padres y hermanos, aunque buenas y afectuosas, como se había acostumbrado a vivir fuera de su compañía y ellos no le necesitaban económicamente, no eran tan íntimas y familiares como con don Joaquín. Sus cartas eran siempre muy expresivas de cariño y llenas de consejos, atento no más que al bien espiritual, sin que le preocupasen nada los bienes materiales, en los cuales nunca quería intervenir, pues se consideraba desligado de todo lo que oliese a dinero. Sin embargo, cuando le nombraron Capellán de las Bernardas y disponía de casa para vivir, hizo venir a su hermana mayor, Ana

María, para que les cuidase y gobernara la casa, como en el capítulo V hemos referido, y a su fallecimiento, si tomaron de criado al bueno de Julián fué hasta que las otras hermanas fueron mayores; y así vino después Trinidad, pero ésta entra religiosa en las Esclavas del Sagrado Corazón, de la calle del General Martínez Campos, y murió religiosa en el Noviciado el 26 de junio de 1902, por cuya razón siguió prestándoles su servicio el criado Julián, que no les dejó ya hasta la muerte de don Joaquín y entrada de don José María en la Compañía de Jesús. Su otras hermanas menores, Dolores y Mercedes, así como su hermano Serafín, sólo venían a temporadas a Madrid.

Fué para don José María una fortuna haber encontrado en don Joaquín no sólo un protector y amigo, sino un padre y hermano, ya que él sufragaba todos los gastos de la casa y aun le ayudaba en sus obras de celo. ¿Cómo iba a dejar a aquel hombre tan bueno y que, por otra parte, aunque hombre de talento y rico, no sabía valerse sin la compañía de un sacerdote hermanado como él lo estaba? Vivían ambos como dos hermanos, juntos iban de paseo y a todas partes. Los veranos, como hemos dicho, se iban a Cercedilla para reponer con el descanso sus gastadas fuerzas y la salud, bastante quebrantada, de don Joaquín. Empezó éste a resentirse del estómago y, como no mejoraba, le recomendaron los médicos fuese a tomar las aguas de Mondá-

riz. Allí se fueron los dos con su criado Julián el verano de 1902, poco después de la muerte de Trinidad. Terminada la toma de aguas, visitaron las costas de Galicia en la provincia de Pontevedra, y fué tanto lo que disfrutó don Joaquín recorriendo aquellos pintorescos paisajes gallegos, que se decidió a alquilar o comprar una casita para pasar la temporada veraniega en vez de Cercedilla, donde por la proximidad a Madrid no se veía libre de visitas que le quitaban la tranquilidad que él buscaba en estas salidas de la Corte. Este lugar de reposo lo encontró en la tranquila y apartada playa de Bouzas, pueblecito a cuatro kilómetros de Vigo. En cambio, don José María, que si salía de Madrid era contra su gusto y sólo por acompañar a don Joaquín, sintió mucho alejarse de Madrid, donde tantas obras de celo tenía emprendidas. ¡Pero qué le iba a hacer! Estaba tan acostumbrado a rendir su voluntad a lo que don Joaquín dispusiera que aceptó resignado y hasta complaciente esta resolución de su amigo. Y así, hasta la muerte de don Joaquín, fué Bouzas el sitio de veraneo de los dos sacerdotes. En Bouzas no estuvo inactivo el celo de don José María, pues ayudaba al Párroco en la enseñanza del catecismo a los niños y en el confesionario, y hasta llegó a organizar en uno de aquellos veranos una peregrinación al santuario portugués de Nuestra Señora de la Guía. Terminadas sus vacaciones volvían los dos

a Madrid para continuar trabajando cada uno en sus respectivos quehaceres.

El año 1904 se organizó en Bilbao por el diario "La Gaceta del Norte" una peregrinación a los Santos Lugares, que había de pasar la Semana Santa de aquel año en Jerusalén, y a ella se incorporó don José María con otros sacerdotes de Madrid, cuyas impresiones y enseñanzas nos dejó escritas en treinta y cuatro artículos que se publicaron en la "Semana Católica", de Madrid, con el título de "Notas de un peregrino a Tierra Santa". En estos artículos cuenta las emociones y peripecias de aquel accidentado viaje por los tiempos de persecución religiosa que atravesaba España y lo mucho que disfrutó su espíritu, abnegado y devoto, al visitar aquellos lugares hollados por la planta de nuestro Redentor; y al año siguiente en la Hora Santa que predicó en la iglesia del Sacramento el día de Jueves Santo fué notable, al recordar todos los actos de devoción practicados por los peregrinos en aquella visita a los Santos Lugares y comunicando a sus oyentes el místico fervor de que estaba poseído. Desde entonces la Hora Santa, devoción particularísima de don José María Rubio, será en lo sucesivo una nota característica de su apostolado.

Al año siguiente, o sea en marzo de 1905, falleció su padre en Dalías, y por ser tiempo de Cuaresma y ocupado en múltiples obras de celo no pudo ir durante su enfermedad, y cuando recibió la noticia de su fallecimiento, viendo que

no llegaba a tiempo para asistirle, desistió del viaje. Así se lo decía a sus hermanos a la vez que les consolaba, y particularmente a su madre, por esta desgracia “que habían de ofrecer resignados a la santa voluntad de Dios Nuestro Señor, que así disponía las cosas para nuestro bien”.

Con la muerte de su padre don José María se va desligando más del mundo y de los suyos, y cuando su hermano Serafín le consulta sobre la distribución de sus bienes, le contesta: “Mejor lo entenderéis vosotros que yo. Lo que dispongáis, bien dispuesto está. Escusad a vuestro hermano de entender en estas cosas.” No quiere saber nada de intereses materiales, pues no tenía otro deseo que ser religioso. Lo único que le retenía era el compromiso formal con don Joaquín, que para él era como su padre y hermano. Mas no tardará mucho en desligarse también, pues don Joaquín falleció al año siguiente de su padre, y su muerte será el hecho decisivo de su vida, como veremos en los capítulos siguientes.

CAPITULO IX

LA MUERTE DE DON JOAQUIN TORRES ASENSIO

Los últimos años de don José María en el siglo fueron años revolucionarios. La revolución antirreligiosa promovida por la masonería, pri-

meramente en Francia, que dió lugar a la expulsión de las Ordenes religiosas y a la secularización del Estado y, por fin, a la separación de la Iglesia, tuvo repercusión en España, aprovechándose del disgusto nacional que produjo el desastre de la guerra de Cuba y pérdida de nuestras colonias en 1898, cuya responsabilidad era toda de nuestros malos políticos ⁵, pero vino muy bien a éstos fomentar en el pueblo las ideas anticlericales para distraer así la opinión general contra ellos, y a otros, como los intelectuales discípulos de Giner de los Ríos, influídos por las ideas antirreligiosas y masónicas, para hacerlas triunfar en España, con lo cual dieron principio una serie de disturbios callejeros que respondían a una campaña general contra la religión.

No vamos a referir aquí todos los desórdenes político-religiosos que, obedeciendo a esta campaña, tuvieron lugar en España en los primeros años de este siglo, sino aquellos que de una manera más o menos directa afectaron a estos dos buenísimos sacerdotes. Tales fueron el caso de la señorita Ubao, que con ser un asunto particular, tuvo una trascendencia nacional. Se trataba de que los padres de esta señorita, mayor de

⁵ No queremos decir con esto que todos los hombres de gobierno de aquella época fueran malos, antes los hubo buenísimos, que tuvieron que luchar denodadamente contra la mayoría de los políticos masones y liberales que, sin esta oposición de los buenos, hubieran dado al traste con todos los valores espirituales de nuestra patria.

edad para tomar estado, se opusieron a que entrara religiosa, y como entró contra la voluntad de sus padres, y el Tribunal Supremo, hasta donde se recurrió, sentenció su salida del convento, el escándalo callejero de Madrid fué monumental contra los jesuítas y los frailes, porque la señorita Ubao se confesaba con el P. Cermeño, jesuíta y confesor también de don José María, y como éste aprobaba dicha vacación, pues era asidua concurrente a la iglesia de las Bernardas, frente a la cual vivían sus padres, llegaban hasta allí las manifestaciones callejeras con los célebres *cermeños*, muñecos de trapo representando ahorcado al P. Cermeño. ¡Cuánto tuvo que sufrir don José María presenciando frente a su casa estas escenas repugnantes y amenazadoras!

Después vino la persecución contra el P. Montaña, su amigo, la cual fué motivada por unos artículos que escribió contra los errores del señor Canalejas en sus discursos del Congreso, alentando a las turbas para dar la batalla al clericalismo, campaña de motines en toda España apoyada por el Gobierno contra el sabio y virtuoso sacerdote confesor de la reina doña María Cristina. Luego la campaña contra el nombramiento del P. Nozaleda para el arzobispado de Valencia, y el estreno de "Electra", tendenciosa comedia de Pérez Galdós, parodia insidiosa del caso de la señorita Ubao, que propagó el fuego de la pasión y odio antirreligioso por todos los teatros de España, con amenazas de quemar

conventos e iglesias, todo ello amparado por el partido liberal.

A esto hay que añadir el levantamiento de los catalanistas. Los vivos a Cataluña libre repercutían en toda la península; el anarquismo triunfante y sin freno en toda España. Ya no era sólo perseguida la Iglesia y la religión, sino el ejército y la patria en sus instituciones fundamentales. Hay en Cataluña manifestaciones antipatrióticas. Un periódico de Barcelona publicó el 25 de noviembre una caricatura burlesca contra el ejército, y unos militares de aquella guarnición, no pudiendo sufrir tanta ignominia, asaltaron la redacción del periódico catalán, quemándola y destruyendo su imprenta. Todos los militares de España hicieron causa común con sus compañeros y el Ministro de la Guerra, General Weiler, no creyó oportuno castigar a los oficiales barceloneses en su justo enojo. Ante esta solidaridad del ejército cayó el Ministro Monteros Ríos y entró Moret de Presidente, tomando una actitud enérgica que restableció momentáneamente la tranquilidad pública. La revolución se recogió a sus madrigueras para trabajar ocultamente y crecer en fuerza para dar la batalla en ocasión oportuna. Se fundó el *trust* periodístico manejado por la masonería; la enseñanza oficial de toda España fué acaparada por la "Institución Libre de Enseñanza", y el socialismo revolucionario fué ganando adeptos, como tuvo a gala demos-

trarlo en la numerosa e importante manifestación obrera de 1 de mayo de 1906.

Tal iban sucediéndose los acontecimientos revolucionarios y antirreligiosos en España, cuando la enfermedad de don Joaquín Torres Asensio iba también a poner fin a su vida y con ella a cambiar el curso de la de don José María.

Mucho debió sufrir don Joaquín en estos últimos años de su vida al ver cómo triunfaba en España la Revolución sin que la autoridad supiera imponerse, y este sufrimiento aceleró en parte su muerte. Como su amigo el ilustrísimo don José Fernández Montaña, hubiera querido salir a la palestra, como otras veces lo hizo, pero su autorizada posición eclesiástica le refrenaba sus ímpetus de gran polemista, y tuvo que devorar en silencio tantos desmanes y algaradas del populacho y tanta pasividad y condescendencia de los Gobiernos, sucediéndose sin cesar los hechos, perdiendo cada vez más la autoridad y el prestigio que necesitaba para hacer frente a la Revolución.

El verano de 1905 no fué para él tranquilo, sin que bastase a sosegar su espíritu la pacífica y apacible estancia en la playa de Bouzas. Allí empezaron a acrecentarse sus dolores del hígado y del estómago que padecía, y al volver a Madrid en septiembre al rudo trabajo de oficina, fué empeorando, sin que dejara de asistir por eso al despacho de la Vicaría hasta que no pudo más. Unos días de cama y la muerte se le echó enci-

ma. Don José María, cuidadoso de todo lo que le pudiera interesar, fué el encargado de avisarle de la gravedad y peligro en que se encontraba, y el ilustre enfermo, dándose cuenta de ello le respondió: “Bien, hijo mío; demos gracias a Dios...”, y empezó a recitar pausadamente el *Tedeum*, que ambos sacerdotes continuaron hasta el fin. Después de esto dispuso confesarse y que le trajeran el santo Viático y le dieran la santa Unción. Su muerte, acaecida el 16 de enero de 1906, fué muy sentida en Madrid, donde tantos amigos tenía, pero principalmente para don José María fué un rudo golpe que hará cambiar por completo su vida.

A los pocos días de haber dado sepultura a su cadáver, hizo don José María venir a su casa a don Carlos Manuel Villameriel, que será en lo sucesivo su compañero y fiel amigo, mientras Dios no disponga otra cosa. Así dijo a su fámulo Julián: —“Mira, desde mañana vendrá a vivir con nosotros don Carlos.” Y a su familia escribía el 6 de febrero: “Aunque estoy tranquilo, he quedado muy triste, pues el recuerdo de aquel que se fué está muy vivo en mi alma. Me faltó después de haber vivido a su lado más de veinte años, y bien lo sabéis todo lo que era para mí. Yo me abrazo del todo con la divina voluntad y ofrezco lo que sufro por el eterno descanso de su alma. El caballero que también sabéis, continúa a mi lado, y se conduce conmigo

muy bien; es muy bueno y me hace mucha compañía.”

Este caballero era don Carlos Manuel Villameriel, hombre muy culto, que vivía sólo de sus rentas en una casa cerca de la iglesia de las Bernardas, a donde iba a diario a oír Misa y a cuantos actos de culto había en esta iglesia. Desde que vino a ella don José María se confesaba con él, y fué grande la amistad que contrajo, pues le ayudaba en sus obras de celo y hasta le acompañaba en sus visitas a los pobres de los suburbios. Cuando don José María se fué a la Compañía quiso imitarle, entrando en una Orden religiosa, pero no era esa su vocación y siguió viviendo una vida de intensa piedad y de obras de caridad, hasta el extremo de que, por darlo todo, quedó pobre. Al venir don José María, ya jesuíta, a Madrid el año 1911, se interesó por él y consiguió colocarle en la portería de la Presidencia de Ministros, desde donde continuó siendo su compañero y visitador de pobres, como lo había sido antes, acompañando siempre al P. Rubio hasta su muerte. A su vejez se acogió en el Asilo de Hermanitas de los Pobres, de la calle del Dr. Esquerdo, de donde no salió más que para asistir al entierro del P. Rubio, falleciendo un año después.

La muerte de don Joaquín pone fin a la primera etapa de la vida de don José María, pues desde este momento no piensa ya más que en despedirse del mundo y de sus familiares, des-

ligándose de todo cuanto podía entorpecer su entrada en la Compañía de Jesús. Durante este tiempo, para cerciorarse más de su vocación, empezó a confesarse con los PP. Redentoristas de la iglesia de San Justo y con los Trinitarios de la calle del Príncipe, pero sin abandonar su amistad con los Jesuítas de la calle de la Flor. Estos le dejaron, a petición suya, las Constituciones y Reglas de la Compañía, en cuya lectura se iba empapando y gustando de aquel espíritu ignaciano, hacia el cual se sentía siempre aficionado desde seminarista, y viendo cada día más clara y decidida su vocación, se resolvió a hacer unos ejercicios espirituales en Chamartín de la Rosa bajo la dirección del P. Isidro Hidalgo. Eran los últimos días del mes de mayo, y la Corte de España se iba llenando de forasteros con motivo de la boda de S. M. Alfonso XIII con la princesa doña Ema de Battamberg, sobrina del rey de Inglaterra. Había escrito a sus hermanos por si querían venir a Madrid para ver las fiestas, poniendo a su disposición la casa, desde cuyos balcones podían presenciar el cortejo nupcial a su regreso a palacio, pero que él se iba a Chamartín a pasar unos días de retiro entregado a conocer mejor la voluntad de Dios sobre su futuro destino. La familia no vino, y aquella casa permaneció cerrada mientras tuvieron lugar frente a ella en la calle Mayor los lamentables sucesos de la bomba contra la real pareja; de lo cual nada supo don José María hasta que termi-

nados los ejercicios espirituales regresó de Chamartín y encontró acribillados por la metralla las ventanas de su casa.

Desde esta fecha, primeros de junio de 1906, tenía ya resuelto su porvenir, y durante el verano no se ocupó más que de ir arreglando las cosas para quedar libre e ingresar en la Compañía de Jesús.

Don Joaquín le había dejado en su testamento heredero único de todos su bienes, los cuales consistían en dos inmuebles, la casita de Cercedilla y la de Bouzas, donde solían ir a veranear; unas ciento cincuenta mil pesetas en valores, y los muebles de la casa, con su valiosa biblioteca; y como tenía muy metido en su alma aquellas palabras de Nuestro Señor Jesucristo en el Evangelio: "Si quieres ser perfecto vende lo que tienes, dáselo a los pobres y sígueme", no tardó mucho en dar buen empleo de todo, interpretando así la voluntad de su querido amigo. Entregó al Seminario de Teruel, de donde era oriundo don Joaquín, ochenta mil pesetas para becas, y el resto del dinero lo distribuyó entre las Hermanitas de los Pobres y sus diversas obras de celo en los suburbios; la biblioteca la entregó al Seminario de Madrid, y los muebles de la casa fueron a parar al Asilo de los Pobres cuando él se fué a la Compañía. De esta manera fué liquidando la testamentaría de don Joaquín mientras el seguía de Capellán de las monjas Bernardas y con sus cargos de la Vicaría, sin decir nada

a nadie de sus planes hasta que el día 8 de octubre que desapareció de Madrid para Granada, dejando una infinidad de recuerdos gratos de su vida de sacerdote secular, amistades, obras de celo emprendidas y un porvenir brillante en su carrera eclesiástica, donde era tan estimado por sus superiores y donde tantos y tan buenos amigos tenía.

CAPITULO X

SU INGRESO EN LA COMPAÑIA DE JESUS

En la mañana del 8 de octubre de 1906 doña María de la Paz Montoto ⁶ fué a la Vicaría, como tenía por costumbre, para arreglar con don José María asuntos de expedientes matrimoniales de gente pobre de los suburbios, y se encontró con que no estaba, y extrañándole faltara a la oficina preguntó al bedel, Julián, si estaba malo o qué le ocurría; y Julián le dijo en voz baja: "Mire usted, doña Paz, don José María se ha marchado a Granada, sin decir nada a nadie, al noviciado de

⁶ Esta doña Paz Montoto era una señorita rica que, a falta de vocación religiosa, habíase consagrado a Dios, dedicando su fortuna y su trabajo personal al servicio de los pobres. Costeó, en Madrid, la fundación de los Salesianos y la del Servicio Doméstico, mientras ella se ocupaba en visitar diariamente a los pobres de los suburbios madrileños.

los Jesuitas, pero como no sabe si se quedará o qué, no quiere lo sepa nadie. Se lo digo a usted con toda reserva. No lo diga.”

Esta fué la primera noticia. Ocho días después era voz pública en Madrid entre todas sus dirigidas y los sacerdotes, sus compañeros y amigos, que don José María había ingresado en el noviciado de los jesuitas en Granada. Conocedor de las trabas que ponen los parientes y amigos, aunque sean buenos, a la vocación religiosa, no quiso comunicárselo a nadie, hasta no ser un hecho su ingreso en el noviciado.

Unos días antes había celebrado la santa Misa en la catedral en el altar de la Virgen del Buen Consejo, ante aquella venerada imagen que habló a San Luis Gonzaga, aconsejándole entrara en la Compañía, y ante la cual celebró él su primera Misa el 12 de octubre de 1887; y si entonces la Virgen no le habló como a San Luis, le haría sentir ahora fuertemente la llamada y le confirmaría su resolución de ir cuanto antes al noviciado. También había escrito a su madre y hermanos diciéndoles que salía para Granada, desde donde les escribiría más despacio, “quiero —les decía— hacer ejercicios y pasar unos días fuera de Madrid, ya que no he salido durante este verano. Mi deseo es, como sabéis, santificarme dónde y cómo el Señor disponga”. Ni que decir tiene que sospecharon en seguida los propósitos que llevaba. Y a los tres días, o sea el 12 de octubre, que fué admitido como novicio, les es-

cribe su resolución definitiva. Mucho sintió su madre esta determinación de su hijo, pero su otro hijo Serafín le decía para consolarla: “No llores, madre, déjale que entre jesuíta. El ha necesitado siempre que le manden y ahora que se ha muerto don Joaquín, lo mejor es que le mande la Compañía. Si no, se lo comen vivo.”

Ingresó, pues, como novicio el 12 de octubre de 1906, día que se cumplían diecinueve años de su primera Misa y cuando contaba la edad de cuarenta y dos años. Fué su maestro de noviciado el R. P. José María Valera, que será su director espiritual durante veintiún años, y de quien decía a su familia que le quería más que don Joaquín.

El móvil que llevó a don José María Rubio a ingresar en la Compañía de Jesús no fué otro que el de hacerse santo, cumpliendo la voluntad de Dios. De sacerdote secular, aunque era piadosísimo y un verdadero apóstol, como hemos visto, le parecía muchas veces que en sus obras de celo más que la voluntad de Dios hacía la suya propia. Necesitaba, como decía muy bien su hermano Serafín, que alguien le mandase. No estaba hecho para mandar. Su sencillez y su humildad le disponían para obedecer siempre, de ahí su especial devoción a aquellos santos que se distinguieron en la Compañía por estas virtudes; y así no es de extrañar que sus connovicios estuviesen tan admirados de verle hacer con tanto gusto los oficios más humildes, como servir a la

mesa, fregar platos, barrer los tránsitos y ayudar al hermano encargado de la limpieza de la casa de ejercicios, y cuando en el ejercicio de modestia que, según costumbre, practican los novicios de la Compañía, los mismos novicios han de manifestar las faltas que notan en sus compañeros, presentadas a juicio de los demás, no encontraban defecto de que acusarle, pues aunque de ordinario es frecuente en los que entran ya maduros por la edad, tardar en adaptarse al porte exterior que se exige en la Compañía, como él fué toda su vida un "jesuíta de afición", no le costó el menor trabajo amoldarse no sólo al espíritu de la Compañía, sino a las reglas peculiares de modestia exterior. Puede decirse que cayó en el Noviciado como el pez en el agua. En sus cartas a la familia rebosaba una satisfacción inmensa, y les pedía que le ayudasen a dar gracias a Dios por el bien grandísimo de la vocación.

Antes de hacer sus votos renunció a todos sus bienes familiares en favor de sus hermanos, y para liquidar lo que quedaba de la herencia de don Joaquín hizo venir a Granada a su hermano Serafín para que en unión de don Carlos, su fiel amigo, arreglasen en Madrid todo lo concerniente a esta testamentaría.

Y llegó por fin el día de sus votos, 12 de octubre de 1908; para ellos se preparó con unos santos ejercicios, bajo la dirección del R. P. Valera, aunque bien preparado estaba, ya que toda

su vida fué una continua preparación y un vehemente deseo entregarse por completo a Jesucristo, como soldado bajo la bandera de su santa Compañía. Desde este día “el jesuíta de afición” lo es ya efectivo. Don José María Rubio es ya el P. Rubio, como será llamado en lo sucesivo.

* * *

Después del noviciado pasan los novicios de la Compañía de Jesús al *juniorado* o tiempo de formación intelectual, que es más o menos largo, según las condiciones del individuo. Como el P. Rubio tenía ya bien probada su carrera eclesiástica sólo estuvo un año en el *juniorado* para repasar las Humanidades y la Teología, y esto en el mismo Granada, teniendo de profesor al R. P. Valentín Sánchez Ruiz, quien después de haber sido Rector del colegio de Granada pasó a América de Superior de la misión peruana, y vuelto a España sustituyó en la dirección de la Guardia de Honor al P. Rubio y hoy es Director del “Apostolado de la Prensa” y autor de varios libros tan solicitados, como el *Misal de los fieles*.

Fueron condiscípulos suyos en el *juniorado* el P. Tiburcio Arnáiz, que fué luego compañero de misiones del R. P. Tarín y muerto en olor de santidad; el P. Maestro, que, después de haber estado juntos en el Seminario de Granada, ingresó en la Compañía, y el P. Pedro Castro, célebre misionero de las Carolinas. Durante este año

de estudios le permitieron sus superiores, además de la enseñanza del catecismo a los jóvenes que acudían a las escuelas nocturnas del Colegio, dar tandas de ejercicios a jóvenes universitarios y a caballeros. También salió a predicar por los pueblos, y fué con el P. Maestre a su pueblo natal, Dalías, para ver a su madre y hermanos.

* * *

Ocupado andaba el P. Rubio entre sus estudios y predicaciones cuando la obediencia, dando por terminado el *juniorado*, le destinó a Sevilla. Era el Verano de 1909, el de la semana trágica de Barcelona, donde la barbarie se apoderó por completo de la ciudad, quemando y profanando iglesias y personas. En la historia de España quedará este bochornoso suceso como ignominia de tan aciagos tiempos, pero en Sevilla y en otras ciudades se hicieron actos de desagravios. Tocóle al P. Rubio participar en la gran misión de Sevilla predicando en la iglesia de la Magdalena y de Santa Marina. El fruto fué grandioso, y queda allí nombrado Director local y diocesano del Apostolado de la Oración, de los Luises, de la Congregación reparadora militar, de las conferencias de San Vicente de Paúl y las escuelas nocturnas para obreros, al mismo tiempo que su confesionario, como en Madrid, empieza a ser enorme y continuo desde las cinco de la mañana a las doce, viéndose sólo interrumpido por la celebración de la santa Misa y ac-

ción de gracias, y los domingos con pláticas a las asociaciones que dirige. Era un continuo trabajo que sólo su alma de apóstol lo podía resistir.

Convivió en Sevilla con dos santos misioneros, el P. Tarín y su discípulo P. Arnáiz, y su ejemplo avivaba en él su celo de apóstol, tomando con tal ahinco y decisión todas las obras que los superiores le encomendaron, que parecía, como dice el P. Eguía, su primer biógrafo, que todo lo hacía a destajo, pues con ser tantas, parecía que cada una de ellas era su especialidad.

En esto llegó lo que los jesuitas llaman su *tercera probación*. Es un segundo noviciado para los que, terminados sus estudios en la Compañía y ordenados sacerdotes, vuelven de nuevo a estudiarse a sí mismos, para darse a Dios por entero y no buscar más que la gloria de Dios, y para que, conociendo sus superiores sus aptitudes, los destinen a donde puedan ser más provechosos: unos a colegios, otros a ministerios o a misiones otros. El P. Rubio, ya casi cincuentón, con su carrera eclesiástica bien probada y recién salido del juniorado, no estaba obligado a esta tercera probación, y podía sin más ser destinado a los ministerios que la obediencia le mandase; pero él no quería excepciones y pidió con insistencia hacer este segundo noviciado. Así, fué enviado a Manresa en septiembre de 1910. Su comportamiento en Manresa nos es conocido por el informe que de él dió a sus superiores el P. Luis Puigrós, instructor

de los *tercerones*. “El P. Rubio—decía este informe—se distingue por su sencillez y humildad. Era siempre uno de tantos, y solamente los que por otra vía conocían la influencia que gozaba en Madrid, sabían quién era el P. Rubio. Por las palabras del Padre, nadie se enteraba de ello.”

Durante este tiempo conoció a fondo, por el libro del P. Nazario Pérez, la devoción a la Santísima Virgen, denominada *Esclavitud de María*, de San Luis María Grignión, y desde entonces no cesó de propagarla cuanto pudo durante toda su vida ⁷.

⁷ «La devoción conocida por «Esclavitud mariana», y atribuída a S. Luis María de Grignión de Monfort, era ya una devoción española del siglo xvi. Fué en Alcalá de Henares, y en el convento de Santa Ursula, de monjitas franciscanas, donde una joven postulante, luego sor Inés de S. Pablo, quien tuvo revelación de ella en un raptó de singular devoción. Después, Fr. Juan de los Angeles, uno de nuestros más valiosos escritores místicos, la llevó a la corte de Felipe III; y el Beato Simón de Rojas, confesor de la reina, consigue que el agustino Bartolomé de los Ríos, vicario general del ejército español en Flandes, propugne por toda Europa la nueva devoción y la esponga maravillosamente en su libro «Hierarquía Mariana», escrito en 1636. Los PP. Jesuítas franceses la propagaron mucho, y de ellos la tomó S. Luis María de Grignión, educado en sus colegios y miembro, en su juventud, de la Congregación Mariana que ellos dirigían en París, el cual, cuando sacerdote, la propagó por todos los pueblos de Francia. Olvidada en España durante dos siglos, la dió a conocer el devotísimo escritor de la Virgen P. Nazario Pérez, S. J., al publicar, traducido del francés, en Bilbao, en 1910, el libro titulado

CAPITULO XI

EL P. RUBIO DESTINADO A MADRID

Durante el año de tercera probación suelen los superiores de la Compañía de Jesús hacer trabajar a los *tercerones* en ministerios sencillos de predicación y apostolado, y al P. Rubio le enviaban a Madrid durante la Cuaresma con este fin. Algo le contrarió esta determinación de sus superiores, porque él no deseaba volver ya a Madrid, donde tantos le conocían, pero aceptó sumiso la obediencia, y vino a la Corte dispuesto a hacer cuanto le mandaran. Al enterarse muchos de sus conocidos y penitentes que el P. Rubio estaba en Madrid, fueron a verle y quisieron no pocos ponerse de nuevo bajo su dirección, pero a todos se escusaba diciendo, como era verdad, que sólo estaría un poco de tiempo y venía nada más que a cumplir determinados ministerios. Sin embargo, no dejó de atender a aquella costurera madrileña, Josefa Menéndez Moral, que él desde sus primeros años había encauzado a la santidad, y fué a su casa para asistir a bien mo-

«El secreto de María», de S. Luis María de Grignón de Monfort.» (V. P. Staehlin, S. J., en su «Vida del P. Rubio», segunda edición, p. 145.)

rir a su padre. De esta alma santa de nuestros días ya hablaremos más adelante.

A los pocos días de llegar a Madrid falleció en Dalías su querida y buena madre, cuya noticia le afligió mucho, y aunque sus superiores le hubieran dejado ir a su pueblo, con tan triste motivo, él no se atrevió a pedirlo, pues jamás pedía nada, no sabía más que obedecer, y así sufrió resignado esta pérdida, contentándose con encomendarla a Dios en la oración y escribir a sus hermanos lo siguiente: “Ayer al recibir la inesperada noticia, pasé el día entero unido en espíritu y con el corazón a vosotros, mis queridos hermanos. He llorado con vosotros la pérdida irreparable de nuestra santa e inolvidable madre. A los pies del crucifijo, delante del Sagrario y ante la imagen de la Virgen María, con lágrimas en los ojos y mucha pena en el corazón, me he abrazado con la santísima voluntad de Dios, que así lo ha querido. Cúmplase, repito una vez más, la voluntad santísima del Señor en nosotros y sea nuestra pena para su mayor gloria y provecho de nuestras almas. Tengo por seguro que vosotros diréis lo mismo que yo, pues sé el espíritu de fe y de resignación cristiana que vive en vuestras almas.”

Cumplidos sus trabajos cuaresmales en Madrid volvió el P. Rubio a Manresa, por el mes de junio, para terminar el año de su tercera probación con unos ejercicios espirituales y esperar el 16 de

julio de 1911 en que todos los *tercerones* salían para sus destinos definitivos.

El P. Rubio, contra lo que él apetecía, fué destinado a Madrid, por disposición del Provincial, R. P. José María Valera, que había sido su maestro de noviciado en Granada y seguirá siendo en Madrid su director espiritual. Como la provincia de Toledo en la Compañía de Jesús comprendía entonces, con toda Castilla la Nueva y Extremadura, toda la Andalucía, pudo muy bien ser destinado a Madrid sin salir de su provincia religiosa.

La residencia donde fué destinado era la de la calle de Isabel la Católica, doce, elevada pocos meses después, en noviembre de 1911, a la categoría de casa profesa. Tenía comunicación con el templo dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, cuya entrada era por la calle de la Flor Baja, hoy desaparecida, y a donde el 30 de julio de 1901 habían sido trasladados los restos de San Francisco de Borja. Fué el primero de los templos madrileños incendiados por la horda salvaje al venir la República en 1931, juntamente con la casa profesa. Esta casa principal de los jesuitas de Madrid acogió desde principios de este siglo a la mayor parte de los PP. que en distintas residencias vivían esparcidos por Madrid, y no sólo fué un centro fecundo de obras de piedad y de celo, sino que llegó a albergar a los PP. más distinguidos por sus virtudes, cien-

cia y talento, entre los que podemos enumerar al P. Juan Cañete, tenido como un santo; al P. Isidro Hidalgo, incansable propagador de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús con su Guardia de Honor; al P. Francisco de Paula Garzón, fundador del "Apostolado de la Prensa"; al P. Velasco, Superior prudentísimo, como el P. Jaime Vigo, Provincial; al mismo P. José María Valera y P. Laria, popularísimos confesores y directores de almas; los académicos P. Coloma y P. Fita; al P. Alfonso Torres, elocuentísimo orador y fundador de los Caballeros del Pilar, y otros muchos que sería prolijo enumerar.

Entre personas tan distinguidas por su virtud y ciencia vendrá a convivir el humildísimo P. Rubio, destinado definitivamente a Madrid el 16 de julio de 1911. Desde este día va a continuar su vida de apostolado en Madrid, pues si antes siendo capellán de las Bernardas llegó a ser tan notable, como hemos visto, ahora, puesto en candelero en una Orden del prestigio de la Compañía de Jesús, su apostolado y su dirección de almas selectas culminará hasta hacer de él un verdadero apóstol de Madrid, como le ha llamado el Prelado de la Diócesis, doctor Eijo Garay, y un santo popular. Porque eso fué en realidad el P. Rubio, un santo popular. Sacerdotes muy santos había en Madrid por aquel entonces, como el venerable canónigo madrileño don Francisco de Asís Menéndez Casarriego, fundador de las religiosas Trinitarias y de "Porta-Celi"; el po-

pular coadjutor de Chamberí, don José María Roquero, y don Pedro Poveda Castroverde, fundador de la Institución Teresiana, por citar algún nombre; y lo mismo en las Ordenes religiosas y en la misma Compañía de Jesús, como hemos dicho. Pero, para que se vea lo que son las cosas de Dios, el sencillo y humilde sacerdote que renunció a todo lo que al parecer le podía hacer brillar en la diócesis madrileña y se hizo religioso para trabajar en el anonimato por la gloria de Dios y hacer así su divina voluntad, quiso Dios encumbrarle y hacer de él un santo popular y verdadero apóstol de Madrid. ¡Qué bien se cumplieron en él las palabras del Evangelio! “Dios levanta a los humildes y se complace en hacer por su medio cosas grandes.”

Difícil será seguir sus pasos de ahora en adelante, porque a más de la multiplicidad de sus obras, su vida apostólica fué tomando carácter de leyenda, que hace difícil separar los hechos auténticos de los inventados por la fantasía del pueblo. Pero como no todo fué leyenda ni habillitas de la gente, sino hechos verdaderos y portentosos que rayan con lo sobrenatural y milagroso, sobre los cuales dirá algún día la Iglesia la última palabra; nosotros, a fuer de historiadores, no podemos menos de narrar aquí como ellos sucedieron.

CAPITULO XII

EL P. RUBIO, DIRECTOR DE LA GUARDIA DE HONOR

Como el P. Rubio era ya conocido por todos los padres de la casa profesa, por el mucho trato que con ellos tuvo durante su estancia en Madrid de sacerdote secular, fué acogido no sólo como un hermano más, sino como un poderoso auxiliar en el confesionario de la iglesia y en las demás obras del celo que tenían a su cuidado, y particularmente el P. Hidalgo, que, anciano y achacoso ya, buscaba en él su sucesor en la Dirección de la Guardia de Honor, para cuyo cargo le tenía destinado el P. Provincial al traerle a Madrid, según había anunciado a la presidenta y secretaria del centro del tercer Monasterio de las Salesas, doña Agustina Retortillo y señorita Cabanillas. a quienes regocijó mucho la noticia, por haber trabajado con él en las dominicales de los suburbios cuando era capellán de las Bernardas.

La Guardia de Honor, como devoción visitandina, tenía y tiene la dirección general de todos los centros de la Archicofradía en la iglesia del primer monasterio de Salesas, establecido

en la calle de Santa Engracia, a donde vinieron a reunirse sus hermanas las religiosas del tercer monasterio hasta que construyeron su nuevo convento al final de la calle de Magallanes. El P. Isidro Hidalgo, además de la dirección de este centro y de toda la Archicofradía, era director del centro de la casa profesa, y de ésta fué encargado primeramente el P. Rubio en octubre de 1911; y después de la muerte del P. Hidalgo, enero de 1912, le sucedió en la dirección del centro de las Salesas y de toda la Archicofradía, aunque prácticamente, por la enfermedad del P. Hidalgo, era quien le suplía en todo desde que vino a Madrid.

El centro de la casa profesa había estado antes establecido en la parroquia de San Martín, como agregado al Apostolado de la Oración, y en él habían tomado las insignias de la Archicofradía, cuando eran niños, S. M. el rey don Alfonso XIII y sus hermanas la princesa de Asturias, doña Mercedes, y la infanta doña María Teresa. Al inaugurar la iglesia del Sagrado Corazón y San Francisco de Borja de la calle de la Flor, en 1896, fué trasladado a ella y donde más tarde, el 9 de mayo de 1924, tomaron las insignias de la Guardia de Honor los infantes don Juan, don Gonzalo, doña Beatriz y doña María Cristina de manos del P. Rubio.

De lo que el P. Rubio trabajó en este centro de la casa profesa nos dará idea el informe que él mismo dió a sus superiores, que le pidieron

cuenta de la marcha de la Asociación al año justo de haberse encargado de ella. Por dicho informe vemos que este centro no sólo sostenía un culto solemnísimo al Sagrado Corazón de Jesús, sino que abarcaba otras obras de apostolado en sus dos ramas de caballeros y señoras, como misiones por los pueblos, catequesis, escuelas dominicales, visitas de enfermos, arreglos de matrimonios pobres, días de retiro y ejercicios espirituales, todos a cargo de distintas secciones.

La rama femenina llegó a tener bajo la dirección del P. Rubio 311 celadoras y más de 3.000 asociadas. En ella había tres secciones: *la Sección Josefina*, que se ocupaba de gestionar los matrimonios de los pobres, pues como el P. Rubio había sido en la Vicaría el encargado del Negociado de pobres, tenía especial empeño en esta obra. Pasaron de 1.700 los arreglos matrimoniales que realizó esta sección durante su dirección. La *Sección de la Visita domiciliaria*, encargada de visitar a los enfermos, atendiendo a sus necesidades corporales y espirituales. En ella se servía el P. Rubio para acudir a las casas de enfermos obstinados y rebeldes, obteniendo muchas conversiones de última hora. Y la tercera Sección, de *Catequesis y dominicales* para las jóvenes obreras.

La rama masculina no era tan numerosa como la femenina, pero sí tan activa como ella. Tenía una colección de hombres adictos a su persona,

muy bien formados en la piedad y obras de celo, que le acompañaban a visitar a los enfermos y en sus correrías de caridad por los suburbios.

No contento con los trabajos de estas dos ramas, estableció una para niños que llegó a contar hasta 3.400 afiliados, a la cual llamaba con su natural gracejo la *rama de los inocentes* y cuyas Juntas presidía él mismo.

También llegó a formar otro centro en el Palacio Real, bajo la dirección del Capellán Real don Mariano Morlans, y cuando este señor falleció, ante la dificultad de encontrarle sustituto, se pensó unirlo con el centro de la casa profesa, pero el P. Rubio se opuso por parecerle mejor que continuase en Palacio, como centro propio del Apostolado de la Oración, y él mismo se ofreció a hacer los cultos mensuales, mientras se hallase capellán que se encargara de este centro.

Más tarde, ante el número de asociados de la Guardia de Honor, y para fomentar y propagar más la devoción al Sagrado Corazón, creyó oportuno publicar el *Boletín de la Guardia de Honor*, para sostener el espíritu de todos los centros esparcidos por España que llegaron a ser más de doscientos, si bien, dada la preponderancia que el Apostolado de la Oración fué tomando en toda España, como obra propia de los jesuitas, muchos de estos centros se fueron incorporando a él.

Todo esto era suficiente para agotar las fuerzas de un hombre, y si a esto se añade que sólo el confesonario le llevaba más de cinco horas diarias, y que, fuera de este centro de la casa profesa, tenía la dirección del centro de las Salesas, que si bien al principio no abarcaba más obras de celo que el culto y devoción al Sagrado Corazón de Jesús, muy pronto emprendió en él la obra más grande de todas sus obras apostólicas, las *Marias de los Sagrarios*, no se explica humanamente cómo podía atender a tanto; sólo la caridad de Cristo, que ardía en su corazón y le impulsaba a todo, pudo hacer el milagro de multiplicarse y de saber comunicar a cuantas almas escogidas le ayudaban ese mismo ardor y celo apostólico de que estaba animado.

Quizá parezca a algunos que este abarcar tanto era desfigurar las obras que la obediencia le había encomendado, dándolas otra orientación distinta y demasiado complicadas. No lo niego; y tal vez les debió parecer así a sus superiores, como veremos más adelante; pero ¿quién pone límites a la caridad de Cristo, cuando ésta informa el corazón y la vida de un apóstol? Los santos han realizado siempre cosas que rebasan las normas de la prudencia humana, porque es el espíritu de Dios el que obra en ellos, y llegan hasta lo que humanamente parecería una temeridad, nada aconsejable. Así hemos de ver muchas cosas en la vida de este varón extraordinario, que demuestran la parte

sobrenatural y divina que había en todas sus obras de celo.

CAPITULO XIII

EL P. RUBIO, DIRECTOR DE LAS MARIAS

En la primavera de 1911 llegó a manos de doña Agustina Rertortillo, presidenta de la Guardia de Honor del tercer monasterio de las Salesas, el librito del Arcipreste de Huelva sobre las "Marías de los Sagrarios Calvarios", y le gustó tanto, y fué tan grande su deseo de consagrarse al Divino Corazón, como María del Sagrario, que se lo manifestó al P. Rubio, encargado ya de la dirección de dicho centro por la enfermedad del P. Hidalgo. Excusado es decir lo que al P. Rubio, ferviente predicador de la Eucaristía y cuya misma idea de hacer de sus penitentes Marías de los Sagrarios, era ya viva en él desde que fué capellán de las Bernardas, le agradaría esta resolución de doña Agustina. Así, desde el primer momento trazó el plan de su organización entre las señoras de este centro de la Guardia de Honor, y como obra de celo eucarístico del mismo. Contaron con la Superiora del Monasterio, R. M. Angélica Amada de Olabarrieta, quien se mostró igualmente en-

tusiasta y decidida por la Obra, y se prestó a ayudarla con toda eficacia.

Por estos días primaverales Madrid entero se ocupaba de los preparativos para la solemnidad del Congreso Eucarístico Internacional, y toda la actividad y celo de las señoras escogidas después por el P. Rubio para la organización de las Marías, como la de todos los católicos, estaba como absorbida por la realización de este grandioso acontecimiento. Pero la misma propaganda encarística iba sirviendo para elaborar los cimientos de la obra, que realmente fué uno de los frutos más fecundos de este magno Congreso. Pocos meses después de su celebración, allá por el mes de octubre, el P. Rubio expone al Prelado de la diócesis, excelentísimo señor don José María Salvador Barrera, su proyecto de constitución de las Marías en la diócesis. El señor Obispo no sólo aprueba y bendice el proyecto, sino que quiere que sean todos los sagrarios de la diócesis objeto de sus atenciones, en vez de "Marías de los Sagrarios abandonados", del piadoso Arcipreste de Huelva, se denominen sencillamente "Marías de los Sagrarios" como se llamarán en lo sucesivo en Madrid, y en conformidad con este deseo del Prelado se redactaron las primeras normas o estatutos. Quiso el P. Rubio poner bajo la protección de la Santísima Virgen su obra y así dió principio a ella con una fervorosísima novena a la Inmaculada,

en cuya festividad había reunido ya muchas asociadas, cuyos nombres fueron colocados como peana de la custodia que doña Agustina regaló. Por la tarde, al dar la bendición con el Santísimo, se leyeron sus nombres, y todas hicieron allí mismo su consagración personal al Sagrado Corazón de Jesús como Marías de su sagrario, en aquella capillita provisional del tercer monasterio de las Salesas, de la calle de Velázquez, 60, quedando así establecidas canónicamente las Marías de los Sagrarios, de Madrid, el 8 de diciembre de 1911.

Las Marías de Madrid no difieren esencialmente de las "Marías de los Sagrarios Calvarios" que fundó el celosísimo Arcipreste de Huelva, don Manuel González, de santa memoria, sino que, como su santo fundador declara, cada organización diocesana, sin faltar a su naturaleza y fines, puede tener características propias en cada diócesis, según la disposición de los Prelados a cuya jurisdicción compete la aprobación de sus estatutos, y por lo que hace a las de Madrid, como hemos visto, quiso el Prelado diocesano que todos los sagrarios de la diócesis quedaran bajo el cuidado y celo de esta asociación y por sus normas especiales abarcaran otras obras de celo que después veremos en capítulo aparte. El P. Rubio, al prescribir estas normas especiales para las Marías de Madrid, solicitó también la aprobación del fundador de las Marías, quien no sólo las aprobó, sino que aplau-

dió elogiosamente esta determinación⁸. No cabe duda que la Pía Unión de las Marías, fundada en 1910 por el entonces Arcipreste de Huelva,

⁸ Copiamos aquí esta carta del Excelentísimo señor don Manuel González, obispo ya de Málaga, al P. Rubio, según lo trae el P. Staehlin: «Vida del P. Rubio», p. 163, segunda edición.

«Muy querido P. in C. J.:

»He leído la nueva edición que prepara de las Normas de la Obra de las Tres Marías en la diócesis de Madrid, así como las adiciones que su ya larga experiencia le ha aconsejado añadir; y las he visto tan ajustadas al espíritu de nuestra amada obra y tan a propósito para formar y dirigir Marías abnegadas, apostólicas, disciplinadas, modestas y en todo ejemplares, que no puedo menos de enviarle mi aplauso más entusiasta y mis aprobaciones más expresivas.

»Hace usted bien en insistir hasta con piadosa machaconería que, después de todo, no es más que pura caridad por las almas, en que las Marías lo sean en todas partes, no sólo ante sus sagrarios abandonados y en sus ejercicios de piedad, sino en sus casas, reuniones, modas, recreos y en sus relaciones sociales y de familia. «Siempre Marías, para hacer llegar, desde donde quiera que se encuentren, el aroma de sus buenas obras y ejemplares procederes al Sagrario de sus amores y solicitudes!

»Dígales también a esas buenas Marías madrileñas, que tantos gustos han proporcionado al Corazón de Jesús y al corazón de este su pobre criado, que las bendigo con toda mi alma por lo que *han hecho*, obedeciendo a su venerable Prelado y a las normas por él aprobadas, y por lo que seguramente harán, observando fiel y tenazmente éstas que la autoridad de aquél y el celo de V. les proponen.

De V. afectísimo S. C. que le bendice,

† Manuel, Obispo de Málaga..»

ha de tener mayor o menor expansión en cada diócesis y dar los frutos apetecidos por su fundador, según las circunstancias y personas que la han de llevar a cabo, y las de Madrid han superado por su fervor y celo a las de otras partes.

Dicho esto, para aclarar conceptos erróneos que pudieran tenerse al ver la extraordinaria pujanza de las Marías madrileñas bajo la dirección del P. Rubio, vamos a seguir su marcha ascendente y sus felices resultados en esta diócesis.

A doña Agustina Retortillo, esposa del excelentísimo señor don Tomás Gómez Acebo, le cabe la honra de haber sido su primera presidenta y primera María.

Bien penetrada del espíritu de la Obra, desplegó todo su celo en el desarrollo de la misma. Empezó por sufragar los primeros gastos y a salir por los pueblos, llevando en su compañía a las señoras que quisieron asociarse. Visitaban la iglesia y reunían a cuantas personas podían para visitar al Santísimo, rezar la estación y consagrarse al Divino Corazón, repartiendo en el pueblo devocionarios y libros de institución religiosa. Había sido esta piadosa señora confesada del P. Hidalgo y durante treinta años vivió consagrada a hacer el bien entre los pobres de los suburbios. Ya cuando el P. Rubio era todavía sacerdote secular le ayudó econó-

micamente en todas sus obras de apostolado, y ahora, por especial providencia de Dios, va a ser su auxiliar más poderoso en la fundación de las Marías. Poco tiempo, sin embargo, sobrevivió a estos principios de su obra, pues falleció santamente el 22 de enero de 1912, siendo su muerte muy sentida por todos.

Para sustituirla buscó el P. Rubio a otra señora buenísima, y tan humilde que se resistió lo que pudo, porque le parecía ser mucho honor para ella y que no podía sustituir dignamente a la difunta doña Agustina Retortillo. Era esta señora doña María Josefa Portuondo, marquesa viuda de Vinent, pero su humildad tuvo que ceder a la obediencia y fué con la señorita Micaela Cabanillas, secretaria, los dos brazos del P. Rubio en la organización de las Marías.

La nueva Junta fué presentada al Prelado de la Diócesis el 22 de febrero de 1912, para su aprobación, y el 13 de marzo tuvo lugar el primer retiro oficial de las Marías en la iglesia de las Esclavas del Sagrado Corazón de la calle del General Martínez Campos, porque la capillita del tercer monasterio de Salesas era insuficiente para las 300 asociadas que ya tenían. Al aumentarse el número de "Marías" y revistiéndose la humildad de doña María Josefa Portuondo a continuar de presidenta, fué necesario sustituirla en 13 de noviembre de 1912 por doña Concepción García Rendueles, señora de Bauer, pero

quedó dentro de la Junta, y cuando se abrió la capilla expiatoria en 1914 fué encargada de la tesorería, cargo que desempeñó hasta su muerte, acaecida el 10 de diciembre de 1919.

Doña Concepción García Rendueles fué presidenta muchos años, hasta después de la muerte del P. Rubio, y para sustituirla fué nombrada en 1945 la excelentísima señora Duquesa viuda de Nájera, fallecida poco después a consecuencia de un accidente de automóvil en acto de servicio de la Obra, sucediéndola en el cargo doña Montserrat Romá, viuda del doctor Brillas, y a la muerte de ésta, acaecida el 1952, fué nombrada la actual presidenta, señorita Pilar Egui-lor y Rodríguez-Arvial, fundadora desde 1940 de la floreciente catequesis del barrio de Usera.

El 3 de diciembre de 1912 fué concedido por SS. Pío X el privilegio de altar portátil en favor de las Marías de los Sagrarios de toda España, que estando enfermas desearan comulgar en la misa celebrada en su presencia. Privilegio este tan estimable con que el Santo Pontífice Pío X quiso premiar la Obra de las Marías, contribuyó, además de la excelencia de la Obra, a su más rápida propagación por toda España.

Por el año 1915 en que el número de las Marías madrileñas se aumentó considerablemente, hasta pasar de 4.000 y de 230 los sagrarios encomendados a su cuidado, vió el P. Rubio la necesidad de tener un domicilio social, donde la

Junta de gobierno pudiera reunirse y organizar sus campañas de las distintas obras de celo que ya tenían, y quiso que este local estuviese presidido por la presencia real de Jesús Sacramentado, como verdadero amo y señor de la casa, ante cuyo sagrario representativo de todos los sagrarios abandonados, acudiesen frecuentemente todas las Marías en adoración expiatoria y súplica constante, y fuese este lugar como la casa de Betania donde Marta y María servían de continuo al Señor. Para lo cual consiguió el Papa Benedicto XV, el 29 de abril de 1916, el especialísimo privilegio perpetuo de tener la puerta del sagrario de cristal, para que así estuviera expuesto a la vista de las Marías, que día y noche velan ante este sagrario. La inauguración de este privilegio se retrasó por tener que ausentarse el P. Rubio una temporada a La Aliseda (Jaén) para reponer su quebrantada salud y después a la casa Colegio de Areneros para prepararse en el retiro a sus últimos votos en la Compañía de Jesús. Verificados éstos el 2 de febrero de 1917, se inauguró al día siguiente con una misa que celebró él mismo, dejando ya para siempre el sagrario con su puerta de cristal. Era esto en el convento de las Salesas de la calle de Santa Engracia, a donde las religiosas del Tercer Monasterio se habían ido a vivir con las del Primero, y allí estuvo la capilla expiatoria y domicilio social de las Marías once años, hasta que las religiosas se trasladaron definitivamente a

su nuevo convento de la calle de Magallanes en 1928. Entonces se pensó en tener un domicilio propio donde, junto a la capilla expiatoria, se pudieran tener las demás dependencias para sus obras de celo. Se estableció éste en una casa particular de la calle de Guillermo Rolland, número 2, antigua casona de Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, inaugurándose el 23 de febrero de 1928 con la santa misa celebrada por el Prelado de la Diócesis, excelentísimo señor don Leopoldo Eijo Garay, dejando expuesto el Santísimo Sacramento, cuya reserva y bendición por la tarde estuvo a cargo del excelentísimo señor Nuncio de S. S.

Poco tiempo disfrutó el P. Rubio de los encantos de este nuevo hogar de las Marías, que él llamó con sobrada propiedad la *Casa de Betania*, porque, además de la adoración diaria, tenían allí las Marías sus dependencias de trabajo. El P. Rubio, como veremos más adelante, falleció el 2 de mayo de 1929, y después de su muerte, en 1934 hubo un incendio en esta casa, quedando destruída la capilla, pero reorganizada de nuevo continuó aquí, hasta que vino la guerra de nuestra Cruzada en 1936, durante la cual quedó, como en toda España, en poder de los rojos, suspendido el culto y toda actividad de los católicos. Pasada la guerra se estableció la capilla expiatoria con todas sus dependencias en el actual domicilio del Paseo de Recoletos, número 29, el 12 de mayo de 1940. Al

inaugurar este nuevo domicilio se estableció, además de la adoración diaria, la nocturna en desagravio de las profanaciones y quema de iglesias realizadas por los rojos.

Dejamos para otro capítulo el reseñar las obras de apostolado de las Marías y los frutos excelentes que de esta santa *Casa de Betania* fueron produciéndose.

CAPITULO XIV

OBRAS APOSTOLICAS DE LAS MARIAS

“La Obra de las Marías de los Sagrarios—escribe el señor Patriarca-Obispo de Madrid, excelentísimo señor doctor Eijo Garay—quedó implantada en Madrid, con tal vitalidad y pujanza, que pronto superó a cuanto el Arcipreste de Huelva y el mismo P. Rubio habían soñado. Y es que a la siembra de tan hermosa semilla, como es la idea fundamental de la Obra, había precedido en Madrid durante más de quince años la laboriosa preparación del terreno que desde sus dos cátedras⁹ venía haciendo el P. Rubio. La idea fundamental de acompañar y reparar a Jesús Sacramentado en la soledad de sus

⁹ El púlpito y el confesionario.

sagrarios ya es de por sí como un sol que ilumina y abrasa, pero en Madrid es además un sol que expande en múltiples y muy diversos haces de luz y de fuego; la santificación de las mismas Marías, mediante la adoración, los cultos, los santos ejercicios, los retiros, la predicación y frecuencia de sacramentos, va acompañada de tan grande número de obras de celo, que es para no cesar de dar gracias al Señor. Mi mayor consuelo en las visitas pastorales era de ver cómo las Marías de los Sagrarios de Madrid habían preparado a los pueblos, y cómo, gracias a su ropero de ornamentos, ni la más escondida aldea carecía de todo lo necesario para el culto, todo limpio y fino, todo bueno, todo obra de amor¹⁰.”

Después de este merecido elogio del Prelado madrileño, no nos cabe más que exponer las diversas obras apostólicas de las Marías de los Sagrarios de Madrid con la brevedad que permite este biografía de su padre fundador.

Es la primera, como el señor Obispo señalaba, la santificación de las mismas Marías, mediante la oración, los cultos, los santos ejercicios y días de retiro. Su fin principal es acompañar y consolar a Jesús Sacramentado, amarle por los que no le aman, vida de amor y de sacrificio que lleva consigo no sólo la mortificación inte-

¹⁰ «Vida del P. Rubio», por el P. Staehlin, S. J., segunda edición. Madrid, 1953. Pág. 163.

rior, sino la exterior. De ahí las normas de las Marías en el vestir, en las diversiones y en su porte general en medio del mundo en que viven. En esto era intelorante el P. Rubio, pues aunque a algunas señoras les llegó a parecer extraordinaria severidad del padre y no acababan de ajustarse a las normas dadas, se vieron sorprendidas una tarde cuando le oyeron decir desde el púlpito “No es necesario ser María de los Sagrarios, pero la que quiera seguirlo siendo, tiene que renunciar a los bailes y vestir según las normas de la decencia cristiana que han dado los Prelados.” Y añade secamente: “En la sacristía se ha puesto una bandeja para que dejen allí sus medallas todas las que no están dispuestas a ser Marías en la forma que digo.” Estas palabras, y sobre todo su actitud de intransigencia, produjeron cierto malestar y desconcierto en muchas de ellas, y al terminar la función religiosa entraron a la sacristía a depositar en la bandeja sus medallas. Creían que con esto daban una lección al Padre; pero las que salieron no volvieron más; en cambio, fueron muchas más las que entraron, y pudo decir el Padre a la semana siguiente que tenía el consuelo de participarles que fué mayor el número de las que ingresaron que el de las que salieron. Las Marías de los Sagrarios no es una asociación piadosa como otra cualquiera, sino que es obra de amor y de expiación, de vida interior y de perfección cristiana, que no todas las señoras católicas que vi-

ven en el mundo lo pueden llevar. Con muchísima razón dice el Prelado de Madrid que la primera obra apostólica de las Marías es su propia santificación. Pero como el amor de Dios, cuando ha prendido en el corazón humano, no puede estar inactivo, sale al exterior y quiere que todos participen de su bien, y conozcan y amen al Señor, que tanto ama a los hombres. De ahí les nace a las Marías todas las obras de celo a que se dedican.

Las *Misiones parroquiales* son la segunda obra apostólica de las Marías madrileñas. No satisfechas con sus frecuentes visitas al sagrario del pueblo y las ayudas económicas para el sostenimiento de su culto, reparación de iglesias, organización de primeras comuniones, catequesis, etcétera, las Marías madrileñas se cuidan de que, con frecuencia, vayan misioneros a sus pueblos, consiguiendo con esto magníficos frutos, dejando establecidas en ellos nuevas secciones de Marías con la consiguiente frecuencia de sacramentos.

En varias ocasiones los párrocos y hasta el mismo Prelado de la Diócesis han manifestado su agradecimiento por la cooperación valiosa y por su ejemplar aportación personal, acudiendo cada una de las Marías a sus respectivos sagrarios en estas misiones parroquiales, sobre todo en las misiones generales que se hicieron en 1935 y 1940, que merecieron el aplauso del R. P. Ge-

neral de la Compañía de Jesús y hasta de los Papas Pío XI y Pío XII por carta de sus secretarios de Estado a la Presidenta de las Marías madrileñas.

Los Ejercicios Espirituales pára maestros y maestras de los pueblos y para mujeres jóvenes, es otra de sus obras apostólicas. Todos los años, aprovechando las vacaciones escolares, costean tandas de ejercicios en Chamartín de la Rosa para los maestros, y para las maestras y jóvenes en las casas religiosas del Sagrado Corazón, en las Esclavas, en las Reparadoras y Damas Apostólicas.

Y no contentas con todo esto, emprendieron, ya en tiempo del P. Rubio, una labor de Buena Prensa, costeando más de tres mil suscripciones, o con notable ventaja, a diarios católicos y revistas religiosas; y sosteniendo becas y pensiones a seminaristas pobres, llegando en la actualidad a 101 las becas establecidas por ellas en distintos seminarios. El P. Rubio organizó además una sección de Marías de los Sagrarios en tierra de misiones, con niñas de los colegios católicos denominadas *Marías Misioneras* que semanalmente comulgan y piden por los sagrarios encomendados a sus oraciones y aportan una pequeña cuota para su sostenimiento.

Imposible seguir refiriendo aquí toda la labor espiritual y propagandística de las Marías madrileñas. Sólo hemos indicado algunas de sus

actividades, para que se vea el impulso que el P. Rubio las supo dar y lo que ellas siguen haciendo con fidelidad exquisita. Pero lo que constituye su obra principal, el horno donde se cuecen todas estas obras y la fragua donde se fortalece su espíritu, es la *Casa de Betania*, el hogar propio de las Marías, donde, presididas por el Dueño y Señor de sus corazones, trazan y caldean sus planes de campaña y cuidan de reparar el abandono de los sagrarios. En su *capilla expiatoria* velan día y noche ante el Santísimo en continua oración.

Tienen al lado de ella el obrador o *Monte de Sión*, como ellas llaman a la habitación donde elaboran las formas que han de servir para la Santa Misa y comuniones en las iglesias de sus sagrarios. Más allá, la sala de descanso para las adoradoras nocturnas cuando no les toca velar; luego la sala de Juntas, donde toman los acuerdos para sus campañas eucarísticas y demás obras de celo; y, por último, el *Taller de Nazaret* o ropero de ornamentos donde, según sus ofrecimientos, trabajan las Marías en el arreglo y compostura de ornamentos sagrados que les envían de los pueblos y aún los hacen nuevos; todo gratuitamente, y con tanto amor y perfección, que parece aquello un obrador de una casa de religiosas, pues sus trabajos de aguja y corte se ven interrumpidos, de cuando en cuando, por alguna visita al Santísimo.

La *Casa de Betania* es para las Marías como

el cuartel santo de sus campañas eucarísticas, con sus puertas abiertas para todas y su centralita telefónica en continua movilidad, recibiendo encargos, satisfaciendo preguntas y dando soluciones.

CAPITULO XV

LA NOCHE OSCURA DEL P. RUBIO

Todo marchaba como sobre ruedas para el P. Rubio. Cuantas obras de celo le había encomendado la obediencia las había realizado a satisfacción de sus superiores y habían sido tan portentosas, que arrastraban tras sí a innumerables admiradores y seguidores de su espíritu. Se le tenía ya como a un hombre verdaderamente apostólico, por un santo popular. Pero los santos han sido siempre probados con tribulaciones y contrariedades. Que, cuando la santidad es verdadera, les sirven de prueba y de su más exacta comprobación de su buen espíritu; y el P. Rubio no iba a ser una excepción.

No sólo los santos contemplativos pasan providencialmente por lo que San Juan de la Cruz llama "la noche oscura del alma", en que Dios prueba a sus escogidos, sino también los varones apostólicos, encendidos en santo celo por

la salvación de las almas, tienen su prueba en las contrariedades que sufren en sus obras; y como el P. Rubio era ambas cosas a la vez, un místico y un apóstol, tuvo necesariamente que ser probado en su interior y en el exterior.

Había hecho sus últimos votos en la Compañía el 2 de febrero de 1917, y el que fué toda su vida jesuíta de afición y ve ahora colmados todos sus deseos, cuando la satisfacción y sosiego de su alma parecía haber llegado al cénit de su suprema aspiración aquí en la tierra, he aquí que este hombre, todo de Dios y entregado por completo a su divina voluntad, y que tantos consuelos divinos había recibido a los pies del sagrario, de los cuales tantos había prodigado a sus penitentes, se encuentra ahora de pronto desalentado, desconsolado y le entran unos escrúpulos horribles, que llega a dudar de su salvación. Duda del mérito de sus obras, que tal vez la vanidad y el amor propio es quien le mueve a hacerlas. Este pensamiento ya le había atormentado cuando era capellán de las Bernardas, cuando, dejándose llevar de su santo celo, se había entregado a tantas obras de apostolado, como hemos referido en su lugar correspondiente. Le parecía entonces que todo ello lo hacía impulsado por su propio gusto, y que más que la voluntad de Dios, hacía la suya propia; y esta idea sirvió para afianzarle en su vocación de jesuíta, porque en la Compañía de Jesús, quizá más que en otras órdenes religiosas, veía él que

se hace más hincapié en esto de someterse a la obediencia y en no tener voluntad propia; aquel ser *tanquam cadaver* de San Ignacio era lo que a él le atraía. No estaba satisfecho de sus obras de celo, porque no tenían el sello o refrendo de la obediencia. Pero ahora que, hechos sus últimos votos, y cuando más seguro podía estar de su completa sumisión y entrega absoluta a la voluntad de Dios, venirle ese pensamiento atormentador de su espíritu, que parecía quitarle todo mérito sobrenatural de sus trabajos, y hacerle desconfiar de su salvación, era el tormento más grande y más humillante para un director de espíritu tan acreditado como él. Dios humilla a su siervo; y aunque toda desolación es obra del mal espíritu, Dios permite que sean probadas las almas buenas, para su mayor mérito y gloria.

Dió motivo a esta desolación de su espíritu el hecho de haberle obligado la obediencia a desistir de una obra de celo emprendida por él con gran entusiasmo ese mismo año, la obra de los "Discípulos de San Juan". Como la obra de las Marías iba creciendo en número y fervor de sus asociadas, creyó poder hacer con los hombres otra institución semejante. Reunió a unos cuantos caballeros piadosos, a quienes manifestó su idea, y antes del verano había quedado ya fundada la obra de los "Discípulos de San Juan". Al principio marchaba bien, pero algunos empezaron a flaquear, porque creían ver en ella una obra de competencia con otras semejantes

de la localidad y aún con la misma Guardia de Honor y Caballeros del Pilar. Empezó contra ellos la crítica, y aunque la mayoría resistía pacientemente esta oposición, llegó un día en que los superiores creyeron conveniente hacerle desistir de esta obra, como más adelante le intimaron a que dejara la publicación del *Boletín de la Guardia de Honor*.

El P. Rubio recibió con grandísima humildad esta orden de sus superiores, siendo él mismo el encargado de manifestarlo a sus asociados, a quienes hizo ver que tal decisión era la voluntad de Dios. Esta humillante prueba de su obediencia fué muy bien llevada, aunque interiormente permitió el Señor que entrase el desaliento hasta el extremo que hemos visto.

En esta tribulación de su espíritu acudió al docto P. Alfonso Torres, quien bien penetrado de sus congojas y desaliento le dió por toda respuesta esta pregunta: "¿Va usted a confiar en su esfuerzo o en la misericordia de Dios?" Estas palabras hallaron respuesta en su corazón humilde y confiado, y como todo lo ponía siempre en manos de Dios, se dió cuenta de la tentación y volvió a renacer en él la confianza en Dios y el desprecio de sí mismo. Fué tan señalada la victoria, que en lo sucesivo solía repetir muchas veces en situaciones parecidas: "Esto hay que dejarlo a la misericordia de Dios."

Pero si Dios probó a su siervo de esta ma-

nera, logrando para su humildad más profundas raíces, fué para poder resistir otra mayor prueba que le tenía reservada ese mismo año. La *Casa de Betania* y toda su obra eucarística y apostólica de las Marías se hallaba en su mayor apogeo; más de 4.000 Marías tenía ya la asociación, y muchas de ellas personas de acrisolada virtud y de posición social muy encumbrada, por todas partes se oían elogios al P. Rubio, como director de las Marías, y éstas tenían puesto en él toda su confianza y todo su cariño. Pero, ¡lo que son las cosas de Dios!

Un día le llama el superior a su habitación y con pretexto de que era necesario atender a su salud, le dice resueltamente: "He dispuesto que deje usted la dirección de las Marías. Desde mañana se encargará de ellas el P. Pedro Castro." Ante una determinación así, el P. Rubio ni se inmutó siquiera. Conforme con hacer la voluntad de Dios en todo, llegó a ser él mismo el encargado de decírselo a las Marías. Habíalas citado a Junta, y después de las preces de costumbre, tiene que darles una gran noticia: su despedida como director. Estas no aciertan a comprender cómo puede ser esto; algunas ni lo quieren creer. ¿Será posible? El Padre díceles que sus superiores quieren dejarle algún descanso para que atienda a su salud, y, como es hijo de obediencia, en obedecer está el hacer la voluntad de Dios. Les recomienda que sigan portándose como Marías fervorosas y que el nuevo

director las llevará mejor que él. El desconsuelo cunde entre ellas, y aunque el buenísimo P. Castro procuró esmerarse en su cometido, no pudo dar gusto a todas aquellas señoras acostumbradas al P. Rubio, y tuvo que dejarlo al año justo para ir de misionero voluntario a Las Carolinas. Pero el P. Rubio no ocupa su cargo, sino que es nombrado el P. Raimundo Zamarrica, que desempeñó la dirección durante tres años.

Otro que no estuviera tan entregado a Dios como el P. Rubio, difícilmente hubiera superado esta humillante prueba exterior; pero él supo recibirla con una santa conformidad, no sólo exterior, desoyendo los sentimientos de las Marías, que reclamaban su dirección a los superiores y hasta oponiéndose a ellas y a las críticas y exclamaciones que le hacían, sino lo que vale más que todo, aquella santa conformidad interior, aceptando lo dispuesto por sus superiores como venido del mismo Dios. Cuando algunas señoras, llevadas del cariño que le tenían, le decían compadeciéndose de él: “¡Ay Padre, qué disgusto tendrá usted tan grande!” “No, hija—le respondía—. Estoy contentísimo, porque así se hace la voluntad de Dios.” A otros que le ponderaban la humillación que esto suponía para su persona, les contestaba: “Mire usted; yo debo ser completamente tonto, porque en cuanto la obediencia me ordena cualquier cosa, no me cuesta ni pizca el hacerlo, aunque haya de renunciar a lo más querido.” En realidad esta dis-

posición de sus superiores, que parecía venir a cortar las alas de su celo y a moderar sus entusiasmos por una obra tan de su gusto, fué una gran prueba de su humildad y obediencia, permitida por Dios para hacer resaltar la santidad interior de su siervo.

Mucho se ha discutido, entre los que tratamos al P. Rubio, sobre su capacidad intelectual para dirigir obras de apostolado tan complicadas y tantas a la vez. Sus superiores, con pretexto de que atendiera más a su salud, por él tan descuidada, creyeron conveniente reducírselas, haciéndole sustituir por otros padres, sin que él se resintiera jamás por ello. Su profunda humildad y su sencillez natural triunfaba siempre ante las decisiones de sus superiores, y Dios premió su santa docilidad con éxitos extraordinarios, porque los frutos de su apostolado no eran hijos de la sabiduría y prudencia humanas, sino el resultado de su santidad y continuo trato con Dios, que le comunicaba aquel acierto y aquella discreción de espíritu, que es más obra de la gracia que del saber y capacidad del hombre. Ante esto, sus superiores no sólo le volvieron a encomendar la dirección de las Marías, sino que, como a hombre extraordinario de Dios, le dejaron obrar siempre libremente en todas sus obras de celo.

Durante el tiempo que estuvo privado de la dirección de las Marías, su actividad se extendió por otro campo de una manera extraordi-

naría, en la dirección de almas que acudían a su confesonario; en la dirección de la Guardia de Honor, que conservó hasta su muerte con las otras obras de apostolado anejas a ella; en propagar la devoción al Sagrado Corazón de Jesús y Eucaristía; entronizaciones, visitas de enfermos pobres y catequesis en los barrios extremos de Madrid, etc., todo lo cual merece ser reseñado en capítulo aparte.

CAPITULO XVI

EL JESUITA APOSTOL DE MADRID

En el capítulo séptimo hemos hablado del apostolado del entonces José María Rubio, Capellán de las Bernardas, y con ser tan extraordinario y asombroso, como hemos visto, no fué sino una incisión, por decirlo así, de lo que había de ser después siendo jesuita. Fué indudablemente un acierto del Provincial de la Compañía, R. P. Valera, el haber destinado al P. Rubio a Madrid al terminar su tercera probación, porque aquí ya era conocido como santo y ejemplar sacerdote, y era de esperar que, desde el elevado puesto de la Compañía, su apostolado fuera más fecundo.

Efectivamente así fué, pues apenas instalado aquí, su confesonario se vió frecuentado por

centenares de personas de todas las clases sociales que acudían a él en demanda de consejo y de dirección de sus conciencias, unos porque ya le conocían y otros atraídos por su bondad y acierto con que satisfacía sus angustiosas preocupaciones religiosas. Dios le había concedido una intuición sobrenatural para conocer sus necesidades espirituales, que parecía leer el interior de las almas, y con dos palabritas dichas con una autoridad sobrehumana convertía a los más empedernidos pecadores. Por eso cuando algún enfermo se resistía a recibir los últimos sacramentos llegó a ser popular en Madrid acudir al P. Rubio.

Se levantaba a las cuatro de la mañana y después de hacer una hora de oración en su habitación, bajaba a la iglesia para prepararse a la misa que celebraba a las seis con mucha devoción y luego se ponía en el confesonario, donde empleaba de cuatro a cinco horas diarias. Seguía con la costumbre de toda su vida de sacerdote: dormir poco y orar mucho. En esto era fiel discípulo del Beato Juan de Avila, quien tenía por seguro que los hijos que se tienen por la predicación son engendrados en la oración.

Al apostolado del confesonario hay que añadir el de su predicación; una predicación tan sencilla como él era en todas las cosas, nada de figuras retóricas ni amanerado decir, ni aun siquiera decía grandes cosas, pero lo que decía hacía lo con tal sentimiento, y persuasión, que se lo comunicaba a los oyentes, porque su pa-

labra era fervorosa y persuasiva, más que a la inteligencia iba dirigida al corazón, y esto no sólo en las pláticas de los días de retiro y de ejercicios, sino en sermones de fiestas solemnes y ante un público numeroso y selecto que llenaba la iglesia. El R. P. Valera, superior suyo, dijo en una ocasión de estas que le oía predicar, “que si él predicase así se moría de vergüenza”, y yo mismo, que le oí muchas veces, me quedaba asombrado de que con aquello que decía hiciese tanto efecto en las almas. Un día tuvo que suplir al docto P. Alfonso Torres en unos ejercicios que daba a los Caballeros del Pilar y a numeroso auditorio de hombres. Hallábase confesando en la misma iglesia, cuando recibe aviso urgente del P. Superior que suba al púlpito y supla al predicador que se había indispuerto. Sin replicar ni excusarse, salió del confesonario, subió al púlpito y empezó pidiendo perdón al auditorio por su atrevimiento de venir a sustituir a un orador de méritos tan relevantes, pero era hijo de la obediencia y tenía que obedecer, aunque para él fuera tan penoso presentarse sin preparación ante un auditorio tan ilustrado. Les habló de la tibieza en el servicio de Dios y lo hizo con tan sencilla elocuencia que sus palabras, encendidas de amor de Dios, caían en los corazones de sus oyentes, enfervorizándoles de tal modo, que todos salieron de este improvisado sermón profundamente conmovidos.

Su predicación no se limitó a su iglesia, sino

que de todas partes venían a buscarle para dar días de retiros y ejercicio espirituales, misiones en los pueblos y Horas Santas, que era su especialidad por el fervor que comunicaba a todos hablando de la Sagrada Eucaristía. Su continua ocupación fué, por algunos años, dar ejercicios a los maestros y a caballeros en Chamartín de la Rosa y en los colegios y casas de Religiosas a señoras, jóvenes y niñas. En las Esclavas de la calle del General Martínez Campos llegó a dar en un solo año 28 tandas de ejercicios, y tuvieron que ensanchar los locales de la iglesia por el gran número de señoras que acudían a oírle.

Ni fué sólo la predicación y el confesonario objeto de su apostólico celo, sino que se extendía éste también a la visita de enfermos y de colegios, donde tenía organizada la cruzada eucarística reparadora y misional; en hacer entronizaciones del Sagrado Corazón de Jesús, de cuya obra fué un gran apóstol; en presidir roperos, escuelas dominicales y conferencias de San Vicente de Paúl, pues él alentaba todas estas obras sin desvirtuarlas, sobre todo las que se ocupaban de los suburbios, hacia las cuales sentía una vocación especial aún antes de ser jesuíta.

Necesitaríamos varios capítulos para exponer debidamente toda la labor apostólica realizada por el P. Rubio en las distintas actividades que hemos enumerado, sobre todo en la visita de enfermos, en cuyo ministerio se cuentan muchas

conversiones, algunos verdaderos milagros de la gracia de Dios, pues sólo con su presencia bastaba para cambiar la psicología del enfermo. Dios le premió con este don su celo por la salvación de los moribundos. En otro capítulo referiremos algunos de estos hechos al parecer milagrosos, porque hemos de ocuparnos aquí, como en su propio lugar, de sus trabajos en los suburbios.

Para él eran los suburbios madrileños como las Indias, a donde partían en otro tiempo nuestros misioneros para convertir infieles, y su vocación hacia ellos se vió aumentada desde que entró en la Compañía y fué destinado a Madrid. Veía con santa envidia cómo otros Padres jesuitas trabajaban desde muy antiguo en el barrio de Tetuán con tanto provecho, y él escogió el barrio más alejado y abandonado de La Ventilla, que es una zona de chabolas de traperos y gente pobre que se extiende desde la calle de Pinos Altos de Tetuán por toda la izquierda de la carretera de Fuencarral, donde más de un millar de familias vivían hacinadas, entre montones de basura y estercoleros, una vida mísera en el cuerpo y más pobre aún en el alma. Empezó a ir por allí el año 1920 acompañado de alguno de los Caballeros de la Guardia de Honor, pues una sotana sola no podía transitar por aquellos sitios sin ser molestada. Fundó una conferencia de San Vicente de Paúl con los Caballeros que se le quisieron unir en esta empresa,

los cuales irían todas las semanas a llevar el socorro a los pobres de cuya necesidad se enteraban. Con esto se le fueron abriendo algunas puertas, y en un corral y al aire libre comenzó por reunir a los que quisieran oírle hablar de Dios y de doctrina cristiana. Pero después consiguió que una señora, doña Carmen Ibáñez, alquilase una pequeña casita con su corral, donde estableció una escuela para niños y que sirviese los domingos para capilla. Para regentar esta escuela puso a un joven maestro, confesado suyo, llamado Juan de Andrés García, que hacía el servicio militar en Madrid y era de tan excelentes cualidades, que bien pronto supo ganarse las simpatías y el cariño de aquellas gentes que admiraban en él su interés por enseñar a los niños, la pobreza con que vivía y la amabilidad con que a todos trataba. Era un santo aquel maestro, y bien pronto la escuela de don Juan se hizo célebre en La Ventilla.

El número de alumnos se aumentó considerablemente y para que le ayudase trajo a su hermano Demetrio, pues además de las clases diarias abrieron para los mayores de catorce años una escuela nocturna y organizaron los deportes entre los que asistían a su escuela, siendo muy celebrado el equipo futbolístico de La Ventilla. El P. Rubio, con tan buenos auxiliares y su trabajo personal de predicación todos los domingos, llegó a transformar en ocho años de apostolado aquella barriada, donde antes ni se rezaba ni oía

misa, en una espléndida feligresía, con buena iglesia, rodeada de grandes pabellones para escuelas de ambos sexos; obras que comenzó un año antes de su muerte y que no tuvo el consuelo de verlas terminadas, pero sí de recoger el fruto espiritual de haber logrado ochocientas primeras comuniones, legalizado un centenar de matrimonios, bautizado a varias docenas de adultos y conseguido una asistencia a Misa los domingos de un promedio de seiscientas personas y de cincuenta comuniones semanales. La guerra de nuestra Cruzada paralizó toda esta vida cristiana, pero resurgió después, habiendo sido elevada a parroquia esta iglesia con el título de San Francisco Xavier y encargado de ella a los PP. jesuítas.

Su labor no quedó limitada a La Ventilla, sino que ayudó grandemente a los otros PP. jesuítas que en Tetuán trabajaban; particularmente al P. Felipe Díez, de la residencia de Chamartín, que consiguió la fundación de otra iglesia y escuelas en la calle de los Pinos, adonde también iba a predicar y a dar misión casi todos los años, como igualmente hacía en otros suburbios, pues en esto era incansable. Un año le llamaron para que fuera a dar una conferencia a los obreros ferroviarios en el barrio de Entrevías, del Puente de Vallecas, donde el conde de Rodríguez San Pedro había construido unas escuelas regentadas por las Damas Catequistas. Le advirtieron que sólo les hablase de cuestiones sociales y nada de confesión, por no creerles capacitados para esto y no fue-

ran a espantarse y dejaron de asistir a las escuelas. Pero el Padre no supo hablarles más que de la gravedad del pecado y necesidad de confesión para obtener el perdón de Dios. Los hombres le escucharon aquel sermón al aire libre con suma atención, y sus palabras hicieron tanto efecto en sus almas que todos, arrodillados, le pedían confesar, como así lo hizo con gran sorpresa de los prudentes que temían lo contrario. Desde este día el P. Rubio fué el gran apóstol de aquel barrio, cuyos obreros le hacían ir a sus casas para que las bendijera, repitiendo su predicación en cuantas ocasiones tuvo para ello y haciendo en algunas de ellas la entronización del Sagrado Corazón de Jesús. Hoy día se ha constituido allí una nueva parroquia, la de San Diego de Alcalá, con una asistencia continua a sus cultos y con una vida parroquial excelente.

No queremos terminar este capítulo sin referir una grave persecución que padeció por este tiempo, con el desagradable y tristísimo caso de las "Niñas desaparecidas", que tuvo inquieta a toda la Prensa de Madrid durante más de dos años, haciendo el blanco de su persecución anticlerical a una de las más activas cooperadoras del P. Rubio y aun a él mismo. Era el año 1924. Enterado el P. Rubio de que en la calle de Hilarión Eslava número diecisiete había tres niñas sin bautizar, encargó a la señorita Mercedes Morales que cuidase de averiguarlo. Esta no tardó en ponerse en comunicación con los padres de las niñas, los

cuales no estaban siquiera casados. Trató con ellos de legalizar su matrimonio y de bautizar a las niñas, a lo cual accedieron estos sin dificultad. De instruir a las niñas se encargó la maestra doña Mariana Escuder, que tenía por allí cerca su escuela, y lo hizo con todo cariño, haciendo amistad con estas familias, hasta el punto de que un día, el 24 de mayo, por la mañana, se tomó la confianza de mandar a una de las niñas, Marujita Ortega, a que le comprase unas patatas, entregándole unas monedas en calderilla y el capacho. Con la niña se fueron las otras dos amiguitas, Angelita Cuevas y María del Val, la mayor de diez años, y como pasase tiempo sin venir del recado, empezaron a inquietarse sus madres y fueron a la tienda, pero las niñas no habían estado allí, ni tampoco en casa de la maestra.

Desde este momento empieza la historia de las "Niñas desaparecidas" que tanta resonancia tuvo en la Prensa. Llegada la noche sin aparecer por ninguna parte ni haber rastro de ellas, fué denunciado el hecho a la policía. Esta empezó a sospechar de unos gitanos que por aquellos desmontes del terreno merodeaban y en un carrero que acostumbraba a montar a los niños en su carro, pero todo fué inútil. La policía se presentó en casa de la maestra que había enviado a las niñas a la tienda, pero ella era la primera extrañada de su tardanza, y pudo demostrar su inculpabilidad. Después se buscó a la señorita Mercedes Morales, que, ajena a todo lo sucedido, se

había ido a Santander. Se la hizo venir a Madrid, y como la Prensa dió en hacerla culpable, fué encarcelada provisionalmente. Ya tenían una víctima los anticlericales sobre la cual excitar la indignación del público. Las invenciones y calumnias que se propalaron sobre ella no son para dichas. La hicieron pasar por una bruja maligna, secuestradora de niñas. Bien es verdad que esta santa mujer, verdadero apóstol de caridad, llevaba sacados del arroyo y colocados en colegios más de cien niños, por lo cual más era merecedora de gratitud que de vituperio; pero en esta ocasión ni siquiera intentó llevar a las niñas a ningún colegio de religiosas, puesto que sus padres eran gustosos en que la maestra seglar doña Mariana les instruyera para ser bautizadas y en que sus matrimonios fueran legalizados. Mas el demonio, que no podía olvidar el bien religioso y social que la señorita Morales hacía, se valió de sus voceros de la Prensa para calumniarla y perseguirla.

Es más, se complicó en este asunto al P. Rubio, presentándole como inspirador y consejero oculto de la señorita Morales. El juzgado le hizo venir de Alcalá de Henares, donde estaba dando una misión, y en poco estuvo si le llevan a la cárcel. Se hicieron registros en varios colegios de religiosas donde se recogían niñas pobres y abandonadas, pero las niñas no aparecían por ninguna parte. Sus padres lloraron su desaparición, y la señorita Morales, agraviada de tantas calumnias y perse-

cuciones, no pudiendo sobreponerse a tantos disgustos, enfermó y murió al año siguiente. El juzgado, después de un año de inútiles indagaciones, tuvo que dejar sobreesido provisionalmente el sumario de tan triste suceso.

Y fué después de cuatro años cuando se supo el paradero de las niñas desaparecidas al hacer el desmante de unos terrenos al final de la calle de Hilarión Eslava. Los obreros que allí trabajaban encontraron los restos mortales de las tres niñas sepultados en una cueva donde solían jugar los niños de la barriada. Estos restos fueron estudiados por los doctores Piga, Maestre y Gómez Ulla, quienes comprobaron la exactitud de sus esqueletos y el hallazgo junto a ellos de las monedas y fragmentos del capacho que llevaban para traer las patatas, junto con vestigios de sus ropas y cabellos, y el tener atascadas las mandíbulas de arena prueba de que murieron por asfisia. Ante esto, la Prensa impía y acusadora se redujo a silencio, y no se volvió a hablar más de tan triste suceso. Mucho tuvo que sufrir el P. Rubio ante tales calumnias, y más porque ellas costaron la vida de la señorita Mercedes Morales, que fué a recibir en el cielo el premio de sus virtudes y de tan despiadada persecución.

CAPITULO XVII

DIRECTOR DE ALMAS ESCOGIDAS

La popularidad y renombre alcanzado en Madrid por el P. Rubio no era otra cosa que el eco de su santidad y celo extraordinario por la salvación de las almas, y como los santos nunca van solos al cielo, sino que llevan tras si muchas almas atraídas por el olor de sus virtudes, no es de extrañar que tuviera muchos seguidores. Muchas fueron en verdad las conversiones que consiguió, pero fueron más las almas que, bajo su dirección, experimentaron una mayor perfección de la vida cristiana. Ya desde sus primeros años de sacerdote, empezó por seleccionar almas buenas, cuidando de formarlas en la piedad, particularmente de los niños, enseñándoles a hacer oración y frecuentar los Sacramentos. Recuérdese aquel grupito de niñas que enviaba a las Reparadoras de la calle de Torija para que estas religiosas completasen su obra de instrucción y formación religiosa. De aquel grupo surgió, entre otras vocaciones religiosas, aquella jovencita costurera, que después de santificarse en su taller de costura entró en el Instituto del Sagrado Corazón, en Chamartín de la Rosa. Sor Josefa Menéndez, cuya vida sobrenatural y más-

tica es objeto de estudio en nuestros días ¹¹ por sus extraordinarias comunicaciones con el Sagrado Corazón de Jesús y cuyo proceso de beatificación se ha iniciado ya.

Cuando ya jesuíta y encargado de la Guardia de Honor formó una legión de caballeros, verdaderos hombres de acción, que tanto le ayudaron en sus empresas apostólicas; entre ellos se destacaron dos, a quienes él llamaba sus *ayudantes*; uno era don Carlos de Villameriel, del cual nos ocupamos en el capítulo IX, y el otro don Fernando Baselga, caballero este casado y en buena posición social y económica, el cual tenía siempre a disposición del P. Rubio su automóvil y su persona, alma toda de Dios, generoso, sacrificado, humilde y martirizado por los rojos. ¿Quién no conocía en Madrid a este caballero cristiano?

¿Y qué diremos de las señoras? Eran innumerables las que con el P. Rubio se dirigían; no sólo de las Marías de los Sagrarios, sino de toda clase de estados, religiosas de distintas Congregaciones y señoras de Acción Católica y pobres o de clase humilde, muchas de las cuales aun viven, o en órdenes religiosas o en el mundo, en un estado de perfección cristiana hacia el cual fueron encauzadas y dirigidas por el Padre, singularmente

¹¹ Véase el libro «Un llamamiento al amor» o «Mensaje del Corazón de Jesús al mundo y su mensajera Sor Josefa Menéndez, religiosa coadjutora de la Sociedad del Sagrado Corazón de Jesús». Editorial.

aquellas dos señoritas, Mercedes Morales y Concepción Pérez Macías, consagradas por completo a Dios y a los pobres enfermos, a quienes él llamaba sus *secretarias*, por su fidelidad y buen servicio que le prestaron en sus obras de celo, y cuyos nombres estarán escritos con letras de oro en en reino de los cielos.

En la imposibilidad de citar nombres, y mucho menos en dar a conocer las personas de probada virtud entre las dirigidas del P. Rubio, nos vamos a concretar a dos agrupaciones de almas selectas que nacieron y vivieron alentadas por él: las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón y aquel "Grupo selecto" que él inició poco antes de su muerte y que constituye, por decirlo así, su testamento espiritual y como la síntesis de su escuela, pues el P. Rubio no fué sólo un apóstol de Madrid, sino un gran maestro de espíritu.

Las Damas Apostólicas del Sagrado Corazón. Hacía ya más de veinte años que funcionaba en Madrid, con el nombre de "Patronato de enfermos", una obra de caridad extraordinaria fundada por doña Luz Casanova, nombre que se hizo popular por haber sido, desde joven, el alma de este patronato y de varias escuelas denominadas de "Preservación de la fe" para contrarrestar el laicismo establecido en las escuelas nacionales. Era esta señorita hija de la marquesa de Outeiro, y cuando por su edad y posición social estaba llamada a figurar en la alta sociedad madrileña, se sintió movida por la gracia de Dios a dedicar su

Ma.

Madrid 25 Abril, 1921.

Amado hijo en J.C.:

Itaca. V. muy bien es no buscar, ni
querer otra cosa, que el cumplimiento
de la voluntad de Dios. Es el camino
más ligero para que el alma se san-
tifique. Ese es la vida de entrega, de
inmolación, de sacrificio. Eso es lo q.
quiere de nosotros el Corazón Divino.

Por lo demás, acuda mucho a
la oración, buscando en ella lo que
debe. No fuerce la máquina.

No admite violencia, esta práctica
toda sobrenatural. He de ver obra
de la gracia. Sea en todo el vo-
luntad del Señor.

Que el S. Corario y la Suma de la
era santifiquen por el deceño y la
cura.

Pida por un se bendija en él.

José M. Rubio

Una carta espiritual del P. Rubio.

vida al servicio de los pobres y de los niños; para éstos abrió escuelas que se hicieron célebres, y fueron tantas que no bastaban sus rentas particulares para sostenerlas y tuvo que organizar suscripciones, tómbolas y rifas, y más, porque, a la par de las escuelas, había abierto, en una casa de su propiedad, una clínica para enfermos pobres y un comedor de caridad, junto con un negociado de matrimonios pobres. En estas obras de caridad se le unieron otras señoras y señoritas, constituyendo así el "Patronato de enfermos", de la calle de Santa Engracia, trece, hoy calle de García Morato.

Doña Luz Casanova era ya una mujer con personalidad muy destacada en Madrid. Todos la alababan y admiraban, y a ella no le faltaban alientos para proseguir con tantas obras de caridad, pero su alma padecía de ciertas congojas ante el temor de que la vanidad propia, más que el amor de Dios, fuera el móvil de tanto bueno como hacía, y buscaba, sin encontrarlo, un confesor que dirigiera su espíritu. Para conseguirlo peregrinó a Lourdes, pidiendo a la Santísima Virgen esta gracia, y a su regreso algunas de las señoras que le ayudaban le hablaron del P. Rubio. Se confesó con él, y vió claramente que este era el confesor que la Santísima Virgen le tenía destinado. El P. Rubio se penetró bien de la obra y trabajos de doña Luz, y tomó con interés su dirección espiritual y la de otras señoras que con ella trabajaban. No se limitó a confesarlas, sino que em-

pezó a darles unas pláticas para ir formándolas en el espíritu de sacrificio y de amor que exigía tan grande obra de caridad. Realmente el P. Rubio encauzó aquel apostolado de estas caritativas señoras hacia la vida religiosa. Con este fin tuvieron una reunión en las Salesas de la calle de Santa Engracia, el 24 de octubre de 1923, a la que asistieron veinte señoras, entre ellas una que no era del Patronato, invitada por el P. Rubio, pues sobre esta alma tenía él grandes designios. Era la señorita Asunción Muñoz, que no acababa de resolverse sobre si entrar carmelita o en otra orden religiosa, y cuando oyó al P. Rubio hablar del espíritu de sacrificio y de amor que habían de tener en el proyectado Instituto, se resolvió a pertenecer a él, y fué luego, con doña Mercedes Reina, el brazo derecho de la fundadora. Pocos meses después, el 24 de mayo de 1924, tuvieron, bajo la presidencia del Provincial de la Compañía de Jesús, R. P. Juan Cañete, y del P. Rubio, la reunión definitiva, donde se concretaron los estatutos que habían de enviar a Roma para su aprobación y el nombre de *Damas Apostólicas del Sagrado Corazón* que habían de llevar ¹².

El P. Lucio Rodrigo, S. J., se encargó de darlos

¹² Recuérdese que en este mismo día en que el P. Rubio estaba tan ocupado en la organización de un nuevo Instituto religioso, y tan ajeno de lo que ocurría en la calle de Hilarión Eslava, fué el día en que desaparecieron las tres niñas, cuyo triste suceso hemos referido en el capítulo anterior.

forma canónica y de enviarlos a Roma para su aprobación; y en Navidad de 1927 tuvo lugar la primera toma de hábito de las nuevas religiosas en la casa recién construída en Chamartín de la Rosa para noviciado. En la plática que les dió el P. Rubio volvió a insistir en lo que siempre machacadamente les decía, que habían de tener mucha oración y mucha mortificación. —“No os ilusionéis con tanto celo; lo primero es lo primero, lo demás vendrá después”, y aquellas palabras que quedaron para siempre grabadas en la memoria de todas: “Hijas mías—las dijo—, al ingresar en otras órdenes religiosas toman un hábito glorioso; pero aquí sucede al revés; sois, hijas mías, vosotras las que tenéis que hacer glorioso este hábito.” Y no se equivocó, la virtud de estas primeras religiosas ha sido tan señalada, que algunas de las que ya han fallecido van camino de los altares.

El Grupo selecto.—El P. Rubio había leído con suma complacencia la nueva revista *La vida sobrenatural*, que desde 1921 publicaba en Salamanca el piadoso dominico P. Arintero, autor de *La Evolución Mística*, y propagador en España de la devoción al “Amor misericordioso de Jesús”, que tan encontradas opiniones suscitó en las revistas católicas. Y como el P. Rubio no se paraba mucho en discusiones teológicas, mientras los teólogos discutían él trabajaba por llevar a la práctica, por vía de amor y de sacrificio, la santificación de las almas, hasta el punto de que el mismo P. Arintero creyó encontrar en él un poderoso auxiliar

para extender y propagar su obra. Pero nuestro P. Rubio, que huía de toda discusión, sin perder la estima en que tenía al virtuoso y docto padre dominico, siguió lisa y llanamente promoviendo en las almas esa consagración personal y entrega completa al Sagrado Corazón de Jesús, como medio más fácil y eficaz para llegar a la perfección. Hacer siempre y en todo la voluntad de Dios. Saber sacrificarse por su amor. Lo demás es obra de Dios. ¿Para qué discutirlo? No le asustaba al P. Rubio la unión mística con Dios hasta gozar aquí en la tierra de su amor y participar de los bienes sobrenaturales con que el Espíritu Santo recrea las almas de sus escogidos, tan propugnada y defendida por el P. Arinterro como medio ordinario y corriente para llegar a la perfección; pero esto es la obra de Dios, que opera cuándo quiere y cómo quiere en las almas, “ni siempre concede estas gracias sobrenaturales a los más santos, antes, a veces—como enseña el B. Juan de Avila—, a los más flacos”¹³ para despertar en ellos su amor y para fortalecerles en medio de sus miserias. Sabía el P. Rubio por experiencia cuánto ayudan estos favores sobrenaturales a las almas flacas, pero no ponía en ellos el fin de nuestra accesis hacia Dios, sino en agradecerle y servirle haciendo en todo su santa voluntad.

¹³ Carta a S. Teresa de Jesús. «Obras completas del Maestre Juan de Avila», por la Editorial Católica, t. 1, p. 805. Madrid, 1952; y en nuestra «Vida del Beato Juan de Avila», Editorial Apostolado de la Prensa, Madrid.

Por otra parte, aunque es cierto que en la vida religiosa, por la renuncia que se hace a las cosas de este mundo y, sobre todo, por la renuncia a hacer su voluntad y vivir en ella sin cuidados y afanes materiales, es más fácil acomodarse a la voluntad de Dios en todo (por eso se llama estado de perfección); pero como no a todos llama Dios a la vida religiosa, y si quiere que todos aspiremos a la perfección es natural que, aun fuera de ella, las almas buenas puedan alcanzarla. Y esto es lo que el P. Rubio trataba de conseguir con este grupito de almas selectas, a las cuales iba formando para vivir en el mundo consagradas a Dios por medio de votos privados de aspirar a la perfección.

Hay en el mundo cristiano muchas almas cuya vocación religiosa fracasó o por falta de salud o por otras circunstancias; otras que no se les arregló el estado matrimonial, y otras, en fin, que no supieron conocer bien o a tiempo su vocación, sobre las cuales el mundo ha lanzado sin piedad el nombre de *fracasadas*, pero delante de Dios son almas buenas sobre las cuales tiene predestinadas gracias especiales para que puedan llegar a una gran perfección y santidad, haciendo mucho bien a la sociedad con su vida sacrificada; y el P. Rubio hizo de estas almas objeto de sus preferencias.

Hacía tiempo que en sus pláticas a las Marías de los Sagrarios les venía hablando de la esclavitud mariana y de la consagración personal al

Sagrado Corazón de Jesús, como medio de santificarse, pero no todas lo entendían, o no acababan de resolverse a hacer de sí mismas esta consagración; sólo un pequeño grupo de ellas se sentían llamadas por Dios y eran fieles a sus enseñanzas. Con ellas formó aquel grupo selecto de almas consagradas al Divino Corazón y a la Santísima Virgen, que el día 17 de abril de 1929, fiesta del Patrocinio de San José, quiso que hicieran su consagración en la capilla expiatoria. Después de explicarles la trascendencia de este acto que realizaban, leyó él mismo la fórmula de esta consagración, que todas ellas de rodillas repitieron ante el Santísimo expuesto.

Su próxima muerte no dió lugar a mayores explicaciones sobre lo que con este grupo selecto pretendía hacer. Alguien ha querido ver en esta selección del P. Rubio un intento de fundar un instituto religioso secular, pero hay que desechar esta idea, porque en aquel tiempo, anterior a la publicación de la encíclica *Provida Mater*, que reglamentó estos institutos modernos, nadie pensaba en esto, y menos el P. Rubio, tan ajeno a novedades y tan decidido propagandista de la consagración privada de la persona al Sagrado Corazón y a la Santísima Virgen, cosa tan antigua y corriente en la ascética española, como puede verse en los escritos del B. Juan de Avila y del P. Luis de la Fuente, a quien el P. Rubio era tan aficionado y conocía perfectamente.

CAPITULO XVIII

HECHOS EXTRAORDINARIOS DE SU VIDA DE APOSTOLADO

Cuando una persona llega a la fama de santidad que el P. Rubio alcanzó en vida, no es de extrañar que el público, al darse cuenta de ella, vea en sus actos cosas maravillosas, que trascienden a veces a leyenda, sin que sea fácil distinguir lo verdadero de lo falso. Así ha sucedido con muchas leyendas en torno a la vida de algunos santos de tiempos lejanos, pero cuando estos hechos se realizan en nuestros días, cuando aun viven las personas que los presenciaron y pueden desmentir lo que no es verdad, se hace difícil que pase como cierto lo que no sucedió. Nosotros tenemos, pues, por ciertas la mayoría de las cosas que de él se cuentan por personas fidedignas y no desmentidas, y aunque la Iglesia es la que ha de determinar en su día lo que haya de sobrenatural en ellas, no podemos menos de narrar lo que tenemos por cierto y se halla en boca de todos.

Hay quien asegura haber visto al P. Rubio iluminado su rostro y aureolada su cabeza mientras confesaba; otros que cuando daba gracias arrodillado, después de celebrar la santa Misa, le vieron

levantarse en alto del suelo, todo lo cual puede ser verdad y puede ser también ilusión de los que en tan gran estima le tenían; pero sin que pretendamos negarlo ni afirmarlo, es un hecho que tales cosas se decían de él y nadie las ha desmentido.

Se le atribuía también el don de profecía, y sobre esto no se pueden negar muchos hechos comprobados y reconocidos como ciertos, entre los cuales sacamos algunos:

Dando una misión en 1924 en Chinchón en compañía del P. Navarro, donde había sido Coadjutor de aquella parroquia, se confesó todo el pueblo, menos el fondista donde se hospedaban los misioneros. Comentando este hecho con el Coadjutor de la parroquia, le dijo el P. Rubio: "Tenga cuidado, que cuando éste pida confesión será ya tarde." Y sucedió que cayó enfermo, y como el sacerdote don Bernabé Sanchidrián tratase de vencerle de que se confesase, se negó a hacerlo y únicamente accedió a confesarse con el P. Valentín Sánchez, S. J., pero, cuando éste quiso acudir, ya era cadáver.

En el pueblo de Meco daba una misión el P. Ricardo Cuadrado, recién entrado en la Compañía, y como las Marías de aquel Sagrario dijeron al P. Rubio que habían quedado muy satisfechas del fruto de aquella misión, les contestó en tono profético: —"Pues esté Padre me sustituirá a mí en la dirección de las Marías." Y así ha sucedido.

En 1919 una confesada suya, Teresa, la costu-

rera, amiga de las Reparadoras, se lamentaba al P. Rubio de que su padre les había abandonado, marchándose a Murcia, y dada su vida descuidada y sin afecto a la familia, temía por su condenación eterna. Pedíale al Padre que pidiese a Dios por él, y siempre que se confesaba le decía: "Padre, pida por mi padre, que no se condene." El P. Rubio le contestaba siempre: "Tu padre no se condenará." Pero ella creía que esto no era más que un buen deseo de su confesor y seguía pidiéndole oraciones, y el P. Rubio le repetía siempre: "Ya te he dicho que tu padre no se condenará." Y el 16 de octubre, predicando en la iglesia de las Salesas, a cuya fiesta asistía Teresa, el P. Rubio hace un apausa en el sermón para decir: "En este momento el Divino Corazón acaba de conceder una gracia grande, extraordinaria, a una persona que está aquí presente." La emoción fué grande en el público, y a la salida se hacen comentarios, pero el Padre no quiere revelar más. Cuatro días después la M. Salvatoris, de las Reparadoras, llama a Teresa, la costurera, para leerla una carta del canónigo de Murcia don Ramón Fernández Asensio, en la que da cuenta de la muerte ejemplar y cristiana del padre de Teresa, acaecida en el hospital de Murcia a las tres y media de la tarde del día 16, o sea a la misma hora que el P. Rubio dió la noticia, interrumpiendo el sermón.

Como estos podíamos citar muchos casos, que pueden leerse en la *Vida del P. Rubio*, por el

P. Staehlin, S. J.; pero no sólo fueron profecías, sino hechos milagrosos, que corren de boca en boca y que son públicos en Madrid, sin que nadie los haya desmentido. Ahora es la curación de una niña enferma con sólo echarla la bendición desde el confesionario, ya que no podía ir a verla, como su madre se lo rogaba. Otro día que en la iglesia de los PP. jesuítas no podía el sacerdote abrir la puerta del Sagrario para dar la comunión a los fieles, en gran número esperando, y el P. Rubio, que sale del confesionario, sube al altar, ora de rodillas ante el Sagrario y la puerta se abre sola, ante la admiración de todos. Esto ocurre varias veces, y en algún pueblo también. Enfermos desahuciados y sin habla, que ante su presencia la recobran y se confiesan; y otros muchos casos inauditos, entre los cuales no podemos silenciar aquí dos de ellos por la celebridad que adquirieron en todo Madrid.

Es uno de ellos el de *la muerta que se acerca a su confesionario*. Un día se acercó por delante de su confesionario una señora, diciéndole: “Padre, vaya esta tardé a confesar a un señor que se va a morir”, y le dió las señas de su domicilio. El P. Rubio, atento siempre a los avisos que recibía, se fué a casa del enfermo. Llama y sale un señor que estaba en aquel momento tocando el piano. El Padre le preguntó por el enfermo, cuyo aviso había recibido. —“Perdone usted, Padre, aquí no hay ningún enfermo, y siento que por una equivocación le hayan hecho subir tantas escaleras.”

Y como el Padre diese muestras de fatiga, le invitó aquel caballero a que descansase un poco, pasándole a una salita inmediata. Aceptó el Padre esta delicadeza, y al entrar en la sala contempla una ampliación fotográfica colgada en la pared: —“Mire, esta es la señora que me avisó esta mañana y me dió estas señas.” —“Perdone usted, Padre; quizá sufra una equivocación, porque esta fotografía es de mi madre, que hace ya años murió.” El Padre la miró bien y dijo con certeza que era la que se presentó ante su confesionario y le dijo viniera a confesar a un señor que se iba a morir, dándole estas señas. El caballero quedó emocionado y pensativo, y cuando el Padre se disponía para marcharse le rogó, que puesto que había venido a su casa traído por su madre, no quería se fuera sin confesarle. Se preparó brevemente y se confesó. Era esto a media tarde, y aquel señor amaneció al día siguiente muerto en la cama.

Otro caso que metió mucho ruido en Madrid fué el de *una noche de carnaval*. Se trataba de un joven estudiante, hijo de una familia distinguida, que había descuidado sus prácticas piadosas y enloquecido con los devaneos y mascaradas de estos días, se había convenido con otros dos amigos suyos pasar la noche con unas chicas de mal vivir, y no contentos con esto concibieron la diabólica idea de hacer venir a aquella casa de pecado al P. Rubio y sacar, con aquellas malas mujeres, una foto del Padre. Celebraban jubilosamente lo que

habían de hacer reír a las gentes de trapío y a los enemigos de los curas cuando vieran tal fotografía. Puestos de acuerdo todos en aquella casa, uno se haría el enfermo y otro iría a llamar al Padre con urgencia. Era el 4 de marzo de 1924, martes de carnaval, cuando terminados los cultos de la iglesia, se presentó en la portería de la casa profesa un joven bien vestido en busca del P. Rubio para confesar a un enfermo grave. El P. Superior no se muestra dispuesto a que vaya a aquella hora, pero, ¿cómo dejar morir sin confesión a un enfermo que lo pide con urgencia? El Padre está dispuesto y sólo espera a don Carlos Villameriel, que siempre le acompaña en estos casos. Salen los dos acompañados del joven que les conduce a la casa, y llegados a ella el joven se adelanta y les conduce a la habitación donde está el fingido enfermo. En otra habitación contigua, separada sólo por una cortina, están conteniéndose de risa aquellas desvergonzadas mujeres y el fotógrafo, que prepara la máquina para sacar la foto en el momento que crean más oportuno. Pero desgraciadamente no ha lugar, porque nada más acercarse el Padre al enfermo le encuentra muerto y con los ojos abiertos clavados en el techo. —“¡Qué lástima!—dice—¿cómo han acudido tan tarde?” El horror y el miedo se extiende a todos, que quedan pasmados ante un hecho tan horriblemente trágico. El Padre y don Carlos se marchan fuertemente impresionados, y tras ellos huyen de aquella casa precipitadamente los otros

dos jóvenes, uno de ellos arrepentido y llorando va a confesarse de veras. La lección ha sido tremenda. A la mañana siguiente don Carlos cuenta a todos lo sucedido y de la casa de mal vivir han de dar cuenta al juzgado y a la familia del estudiante muerto, que, llena de pena, viene a Madrid para llevarse el cadáver de su hijo a Valladolid. La Prensa mala prefiere guardar silencio ante tan ejemplar castigo, y la buena, por consideración a la familia del muerto, que se siente deshonrada, lo calla también; pero como don Carlos lo contó a todo el que quiso saberlo, a los dos días todo Madrid estaba enterado del suceso de la calle de Ceres.

Aun hemos de añadir otro suceso no menos público y notorio. El de una señorita de familia distinguida de Madrid, hermana de una religiosa Reparadora. Era esta joven algún tanto frívola y mundana, la única de las de su casa que no era María de los Sagrarios, pero, a pesar de esto, quiso su madre que la acompañara en la procesión solemne con el Santísimo que las Marías madrileñas celebran todos los años el día de San Pedro, como recuerdo del Congreso Eucarístico de Madrid. Al terminar la procesión en el grandioso templo de Santa Bárbara, María Luisa, que así se llamaba la joven, entró con otras amigas para recibir la bendición. Era el P. Rubio quien la daba, pero ella vió otro sacerdote venerable, de pelo blanco y de una expresión majestuosa, que al dar la bendición con el Santísimo pronunciaba unas

palabras que parecían ir directamente a ella. Fuera ya del templo, profundamente impresionada, preguntó a sus amigas, quién era aquel sacerdote tan desconocido y que, ¡cosa extraña!, hablaba mientras hacía la cruz con el Santísimo. Sus amigas la dijeron que era el P. Rubio y que nada dijo mientras dió la bendición. Pero ella no acababa de convencerse. Conocía perfectamente al P. Rubio y aquel sacerdote era otro, y lo que dijo le llegó tanto al corazón que la hizo cambiar por completo su conducta y su vida en lo sucesivo. Se resolvió a hacer unos ejercicios con el P. Rubio, y al final de ellos, con asombro de su familia y de todas sus amigas, dejó de pintarse y de vestir a la moda para dedicarse por completo a obras de caridad, ingresando después en el instituto de Damas Apostólicas, fundado por doña Luz Casanova.

Milagros de la gracia y conversiones como ésta hizo muchas el P. Rubio. Se podía llenar un libro con todas las que de él se cuentan.

CAPITULO XIX

ULTIMA ENFERMEDAD Y MUERTE DEL P. RUBIO

Dos años antes de morir presentía su muerte, pues él, que era incansable en el trabajo, empezó a sentir cierta fatiga acompañada de unos pincha-

zos en el pecho que reclamaban algún cuidado. “Este *duende* que tengo por aquí dentro—se refería a la angina de pecho de que estaba amenazado—acabará pronto conmigo.” Así, de ordinario, manifestaba este presentimiento que tenía de su próxima muerte en sus conversaciones, en sus cartas y aun en sus pláticas. De esta época es la carta al P. Cañete—muerto también en olor de santidad—, cuyo facsímil damos en la pág. 139. Ya el 17 de julio de 1927 escribía a sus hermanos: “pedid por este hermano vuestro, que está ya cerca de su fin”. Y estando un día en las Salesas acosado de gente que iba en su busca, una de las monjitas le dijo muy compadecida: —“¡Ay, Padre!, ni un momento le dejan a usted.”—“Déjelos—contestó—. Pronto terminará esto, porque pronto les dejaré yo.” En sus pláticas a las Marías parece como que las empujaba a que se dieran prisa a santificarse, y él mismo en estos últimos años se sentía más fervoroso y recomendaba la devoción a San José, como patrono de la buena muerte. Quince días antes de morir reunió en la capilla expiatoria de las Marías aquel grupo selecto de que hemos hablado antes y les exhortaba a darse prisa en adquirir la perfección, “porque la vida se va y al fin de ella nada nos valdrá, sino la santidad”. Ya en estos ejercicios llegó a decirles que eran los últimos que daba; y, efectivamente, así fué, pues viéndole el Superior, R. P. Alfonso Torres, tan decaído y que aquellos punzantes dolores del pecho se repetían frecuentemente, determinó que se fue-

ra una temporada en plan de descanso a la casa noviciado de Aranjuez; díjosele al Provincial, R. P. Manuel Sánchez Robles, quien no sólo aprobó esta determinación, sino que él mismo fué a llevarle. Era la tarde del 29 de abril de 1929 cuando salió de la casa profesa, y una hora antes empezaron a llegar a la portería varias personas para despedirles y ofrecerles su coche para el viaje. Recogió de su habitación el breviario, su crucifijo y dos cuadernos de apuntes espirituales y se despidió de los Padres y Hermanos diciéndoles: —“Ahí les dejo mi habitación y todas mis cosas, como quien no piensa volver. En el camino le dijo al P. Sánchez Robles que aquel mal era ya para morir, pero éste le consoló y exhortó a que confiando en Dios y cuidándose se pondría allí bien, que se dejase de trabajos y de preocupaciones en una temporada.

En Aranjuez le tenían destinada su habitación en la enfermería, al lado del P. Garmendía. El enfermero, Hermano Fulgencio Hernández Nadal, se deshacía en atenciones con él y conociendo lo mucho que le gustaba trabajar por la gloria de Dios, le dijo para animarle: —“Ya verá cómo aquí se pone bueno y podrá trabajar nuevamente.” —“Cierto—le respondió el Padre—, hay mucho que trabajar, pero yo ya no podré más... Hay que sacrificarlo todo, incluso la vida cuando Dios nos la pide.”

El P. Rubio había prometido a las Marías de

V. R. no trabajé de cuando
y continúe dando mucha
gloria al Corazón Divino.

A Él y a la Inmacu-
lada me encomiendo, y
cuando algo se va de fuera
y con un corazón poco
firme.

Saludo mucho a los
Padres y Hermanos que
me encomiendan a los S. J. O. S.
V. R. ¡bien a la

Juán^o Rubio

aquel grupo selecto escribirles una Hora Santa, y ahora que estaba allí de descanso se le ofrecía oportunidad para hacerlo. Comenzó a escribir al día siguiente de su llegada la *Introducción para la Hora Santa*, pero los dolores del pecho no le permitieron continuar, siendo este trozo el único escrito que les dejó y con el cual comienzan siempre la Hora Santa las Marías de los Sagrarios, como grato recuerdo suyo.

En la noche del 1 al 2 de mayo se sintió mal y tuvo que llamar en la pared a su compañero y vecino P. Garmendía, quien al momento se levantó y fué a ver qué le ocurría. Como le encontró mal fué a llamar al enfermero, Hermano Nadal, y al P. Quintín Castañar, que era el director espiritual de la casa. Quisieron ponerle una inyección de aceite alcanforado, pero él no quiso, porque veía que aquello se le pasaba ya; y, efectivamente, se le pasó y pudo dormir hasta las siete, que se levantó para poder celebrar su última Misa a las nueve de la mañana. A las once vino el médico y le encontró más tranquilo y bien el pulso; después quiso que le afeitaran, y cuando llegó el barbero, el Hermano Nadal le gastó una broma, a la cual respondió él con su buen humor de siempre: —“Esto me sirve ya para la mortaja.” Y como el enfermero le replicase que no había de perder la esperanza de curarse, le contestó en seguida: “No, Hermano. Esto se acaba, y pronto.” Al P. Castañar que le acompañaba muchos ratos, no sólo por ser el director espiritual de la casa, sino porque

eran muy amigos, ambos habían sido sacerdotes seculares antes de entrar en la Compañía, fueron connovicios y tenían los dos el mismo celo apostólico y misionero, le decía: —“Doy muchas gracias a Dios por haberme traído a morir a una casa de recogimiento y de oración como ésta. Se lo había pedido muchas veces al Señor, pues, la verdad, no creí que sería tan pronto.”

A las doce y media se fué el P. Rubio a la capilla para hacer el examen y rezar las letanías, según costumbre, quedándose allí sentado frente al Sagrario mientras llegaba la hora de la comida. El enfermero le ve absorto en oración y no se atreve a interrumpirle, pero es la hora de comer y le esperan en la mesa los otros tres comensales que con él estaban en la enfermería. El P. Rubio había comenzado a comer cuando le asalta el dolor y queda desvanecido un poco; entre todos tratan de llevarle a su habitación, pero él quiere que le lleven a la capilla y así lo hacen. Allí, frente al Sagrario, se desahoga con el Señor, poniéndose en un estado de contemplación que ni el mismo enfermero, que viene a ponerle una inyección, se atreve a interrumpir. Por fin le dice: —“Padre, véngase a su habitación, que le voy a poner una inyección.” El Padre calla, pero obedece, dejándose llevar. Por el camino se queja: —“Esta punzada...”; pero en seguida añade: —“¡Qué poco mortificado soy!” El enfermero le pone por fin la inyección y él pide que avisen al P. Castañar porque quiere confesar. Después de su confesión

quiere que le traigan el cuaderno de apuntes suyos, y colocando el bonete invertido sobre sus rodillas va arrojando en él los pedacitos de sus apuntes que empieza a romper ayudado del Hermano enfermero, pues él apenas si tiene fuerzas, y para satisfacer la curiosidad del enfermero se limita a decir: "Son misericordias del Señor y miserias mías."

A las cinco y media el P. Castañar volvió a verle y hablaron de la vanidad de las cosas del mundo, de sus cosas y de lo contento que estaba de morir en esta casa, como se lo había pedido al Señor; recordaba que en aquellos momentos se estaría celebrando en la casa profesa la Hora Santa, como preparación al primer viernes, que era el día siguiente, y en las Reparadoras la procesión eucarística a la que no faltó él ningún año. Recordando estas cosas da el reloj las seis de la tarde, y el P. Rubio, que vuelve a sentirse mal, con el dolor agudo del pecho; tómale el pulso el P. Castañar y, sin decir nada, sale precipitadamente a llamar al enfermero y corre a avisar a los Padres. Mientras el Hermano Nadal le pone la inyección va a la capilla de la enfermería por los Santos Oleos y le da la Extremaunción, porque el sudor frío de la muerte ha comenzado; el P. Provincial le da la Bendición Papal y reza la recomendación del alma. En este momento llega el médico, avisado por teléfono, y al ver que ya no tiene pulso se arrodilla y reza silenciosamente. La campana de la comunidad toca a la agonía. Todo fué cuestión de un cuarto de hora. El P. Rubio murió

sentado en el sillón mientras hablaba con el P. Castañar de las cosas del cielo. Para él no fué una sorpresa la muerte, sino el paso tranquilamente esperado de esta vida a la eternidad. ¡Dichosos los que como él mueren!

La noticia de su muerte se supo aquella misma tarde en todo Madrid, pues el P. Torres, que recibió la primera conferencia, lo dijo desde el púlpito al terminar el sermón de la Hora Santa que se estaba celebrando en la iglesia de la casa profesa; y después los teléfonos particulares lo comunicaban de casa en casa, y de muchas salían en automóvil para ser los primeros en llegar a Aranjuez.

El cadáver fué revestido con ornamentos sacerdotales y velado toda la noche por los Padres y Hermanos de la comunidad de Aranjuez, pero antes de ser de día habían llegado de Madrid una veintena de automóviles y en los primeros trenes multitud de piadosos admiradores de sus virtudes para rezar ante su cadáver. Durante todo el día no cesó la caravana de coches que iban y venían, pero particularmente por la tarde para asistir a su entierro. Fué tanta la aglomeración de gente, que se hizo preciso organizar aquella multitud, estableciendo un cordón de caballeros en torno al cadáver encargados de satisfacer los piadosos deseos de la multitud, que se afanaba por tocar el cadáver en su empeño de querer llevarse alguna reliquia suya.

El señor Obispo de Madrid y Patriarca, doctor Eijo Garay, quiso presidir el duelo en el entierro para rendir su piadoso homenaje al apóstol de la diócesis. Le acompañaban en la presidencia el Provincial, R. P. Sánchez Robles, y el Rector del noviciado, R. P. Juan Oliva; hizo de preste el Superior de la casa de Madrid, R. P. Alfonso Torres, ministrado por los PP. Ignacio Garmendía y Ricardo Cuadrado, novicio éste entonces y sucesor después en la dirección de las Marías, y vicepostulador de su causa de beatificación. En largas filas, portando velas encendidas, iban todos los Padres y novicios, y detrás de la presidencia incontable muchedumbre de fieles, devotos y admiradores de sus virtudes.

En el solitario cementerio de la casa noviciado de Aranjuez quedaron sus restos mortales hasta que pasados veinticuatro años fueron trasladados a Madrid al claustro de la nueva casa profesa de la Compañía de Jesús (Maldonado, 1).

CAPITULO XX

DESPUES DE SU MUERTE

Muchas cosas tristes pasaron en España después de la muerte del P. Rubio. La ola revolucionaria que empezó a manifestarse en España a principios de este siglo, fué creciendo a impulsos

de los que a sí mismos se llamaban intelectuales, y aunque temporalmente contenida bajo la dictadura del General Primo de Rivera, cobró nuevos alientos con su desaparición, hasta dar fin con la Monarquía y traernos la República con la quema de iglesias y conventos, la separación de la Iglesia y el Estado, la persecución religiosa en todos los actos de la vida ciudadana, la proclamación del laicismo estatal y la supresión de la Compañía de Jesús. Sucesos tristes en verdad, que llenan de ignominia y de horror este período de la Historia de España y que no vamos a relatar aquí por ser de todos conocidos y ajenos a nuestro propósito. Lo cierto es que la vida religiosa quedó perseguida y como muerta en nuestra patria, hasta que la cruzada de nuestro Levantamiento Nacional, dirigida por el General Franco, salvó a España de tanta ignominia, volviendo a amanecer en nuestra patria todo lo genuinamente español y nos trajo la paz y tranquilidad que ahora disfrutamos.

Durante este tiempo de persecución religiosa, el P. Rubio desde el cielo no cesó de ayudar a cuantos a él se encomendaron, prodigando muchos consuelos y favores que rayan en lo milagroso, por lo que la devoción hacia él se ha despertado en el pueblo, y a su tumba de Aranjuez acudían a diario muchos fieles para encomendar a su protección el remedio de sus males; ya en el aniversario de su muerte llegó a un millar el número de personas que fueron desde Madrid a visitar su se-

pulcro. Pasada la guerra de nuestra liberación eran innumerables las personas que reclamaban la traída de sus restos mortales a Madrid, donde había vivido y ejercido su apostolado, primero de sacerdote secular y después diecinueve años de jesuíta en la casa profesa. Se esperó, pues, a que la nueva casa, que había de sustituir a la incendiada por los rojos, estuviera terminada para hacer a ella el traslado como a su casa propia.

Han pasado veinticuatro años de su muerte, y el 10 de junio de 1953 se procedió al descubrimiento de su sepultura ante el notario eclesiástico, M. E. señor don Hipólito Valdriano, canónigo de la catedral de Madrid; el fiscal eclesiástico, doctor don Doroteo Martín Berzal; el Provincial de los jesuítas, R. P. Olleros; el prepósito de la casa profesa, R. P. José Ridruejo; el Vicepostulador de la causa del Siervo de Dios, R. P. Cuadrado, y varios Padres que actuaron de testigos; toda la comunidad de Aranjuez y numeroso público. Después de profundizar metro y medio quedó al descubierto el ataúd que contenía sus restos, todo él carcomido y deshecho, hallándose el esqueleto completo, con los cartílagos de la laringe bastante bien conservados, algo de pelo cabelludo adherido al cráneo y algunos trozos de la sotana y ornamentos sagrados con que fué enterrado. Todo lo cual con los restos del ataúd y la tierra que rodeaba su esqueleto fué recogido cuidadosamente en varias cajas. El esqueleto, después de desinfectado y reconstruído, bajo la dirección de dos

médicos, con ligamentos metálicos, fué revestido con bandas de algodón en rama, y se le pusieron unas manos artificiales, y sobre el cráneo una mascarilla que reproduce fielmente la fisonomía del P. Rubio. El cuerpo así revestido con ornamentos sagrados fué colocado en una caja de caoba, cuyo interior de cinc quedó herméticamente soldado después de introducir en ella, sellada y lacrada, el acta notarial de su hallazgo. El féretro tiene a su lado izquierdo una compuerta que al abrirse permite ver a través del cristal la cabeza y gran parte del cuerpo así revestido. A las seis de la tarde quedó expuesto en la explanada de la portería del colegio, ante el cual desfiló una gran multitud de gente de Aranjuez y de Madrid, hasta las ocho, que fué conducido a Madrid en un furgón de pompas fúnebres, escoltado por varios automóviles de acompañantes. Al pasar por Getafe fué conducido al Cerro de los Angeles, a donde tantas peregrinaciones había llevado en vida y tanto había predicado las grandezas del Divino Corazón de Jesús; cantado aquí un solemne responso por las monjas carmelitas, continuó el viaje a Madrid, a donde llegó a las diez de la noche a la nueva casa profesa, Maldonado, 1, y colocado en el centro de su capilla mayor fué velado toda la noche por la comunidad y bastantes devotos suyos. Al día siguiente, 11 de junio, desfilaron ante sus restos más de once mil personas hasta las cinco de la tarde que se verificó el sepelio. El acto fué solemnísimos; revestido de Pontifical el excelen-

tísimo señor Patriarca y Obispo de Madrid, doctor Eijo Garay, se rezó un solemne responso, y conducido a hombros por religiosos y sacerdotes fué llevado a la sepultura preparada en el claustro central de la nueva casa profesa, asistiendo además de los tres Obispos Auxiliares de Madrid y el Obispo Consiliario de la A. C. N., Monseñor Vizcarra; la esposa del Generalísimo, doña Carmen Polo de Franco; el Presidente de las Cortes, don Esteban Bilbao; el Ministro de Asuntos Exteriores, señor Martín Artajo, y otras autoridades y personas distinguidas de Madrid.

El Prelado bendijo la nueva sepultura, y colocados en ella los restos mortales del P. Rubio, se descorrió la cortinilla que cubría la lápida marmórea, donde, en letras doradas e inscripción clásica, se lee lo siguiente:

IHS.

Haeic iacent exvviae

R. P. Iosephi M. Rubio Peralta, S. J.

Operis "Marías de los Sagrarios de Madrid"

Conditoris

Cordis Iesu apostoli

Pauperum Patris

Obiit Aranjuez II - V - MCMXXIX

Pocos meses después de su muerte se escribió por el P. Constantino Eguia su biografía con miras al proceso de beatificación a que todos anhelamos se diera principio; pero la persecución de

que fué objeto la Compañía de Jesús en los años de la República y la guerra que vino después, hizo retrasar la realización de estos deseos hasta el 3 de mayo de 1945, que tuvo lugar la solemne apertura de su proceso de Beatificación en el palacio episcopal bajo la presidencia del excelentísimo y reverendísimo señor Patriarca y Obispo de Madrid, doctor Eijo Garay.

Se nombró procurador de la causa en Roma al R. P. Miccinelli, J. S., y su postulador en Madrid al R. P. Ricardo Cuadrado, S. J. En dos años escasos se ha tramitado el proceso informativo en las diócesis de Madrid, Sevilla y Granada, que fué enviado a Roma en 1947. En 1948 empezó a publicarse en Madrid la *Hoja de información sobre la fama de santidad del P. Rubio*, en la cual se van recogiendo los muchos favores que el siervo de Dios sigue dispensando desde el cielo a sus devotos. Este mismo año el P. Staehlin, S. J., publicó su notable biografía, de la cual se han hecho ya dos ediciones, y la devoción al P. Rubio sigue siendo tan popular como fué su vida.

La Sagrada Congregación de Ritos aprobó en 1950 el procesillo de sus escritos, y se espera que en breve aprobará el proceso sobre la *Fama de santidad, virtudes y milagros*, logrado el cual se introducirá de lleno la causa de su beatificación, que todos esperamos será pronto y tendremos el consuelo de verle en los altares cuantos le conocimos y tratamos en vida.

INDICE

	<u>Págs.</u>
PRÓLOGO	5
CAP. I.—Patria y estudios de José María Rubio.	7
— II.—Su venida al Seminario de Madrid y ordenación	15
— III.—Primeros ministerios de don José María Rubio: I. Coadjutor de Chinchón; II. Ecónomo de Estremera	20
— IV.—Don José María, Profesor del Seminario	28
— V.—Capellán de las Bernardas	34
— VI.—Director de almas	39
— VII.—Su apostolado en Madrid	46
— VIII.—Su vida íntima y familiar	52
— IX.—La muerte de don Joaquín Torres Asensio.	58
— X.—Su ingreso en la Compañía de Jesús	67
— XI.—El P. Rubio destinado a Madrid	75
— XII.—El P. Rubio Director de la Guardia de Honor	80
— XIII.—El P. Rubio, Director de las Marias	85
— XIV.—Obras apostólicas de las Marias	94
— XV.—La noche oscura del P. Rubio	100
— XVI.—El jesuita, apóstol de Madrid	107
— XVII.—Director de almas escogidas	118
— XVIII.—Hechos extraordinarios de su vida de apostolado	129
— XIX.—Última enfermedad y muerte del P. Rubio.	136
— XX.—Después de su muerte	144

